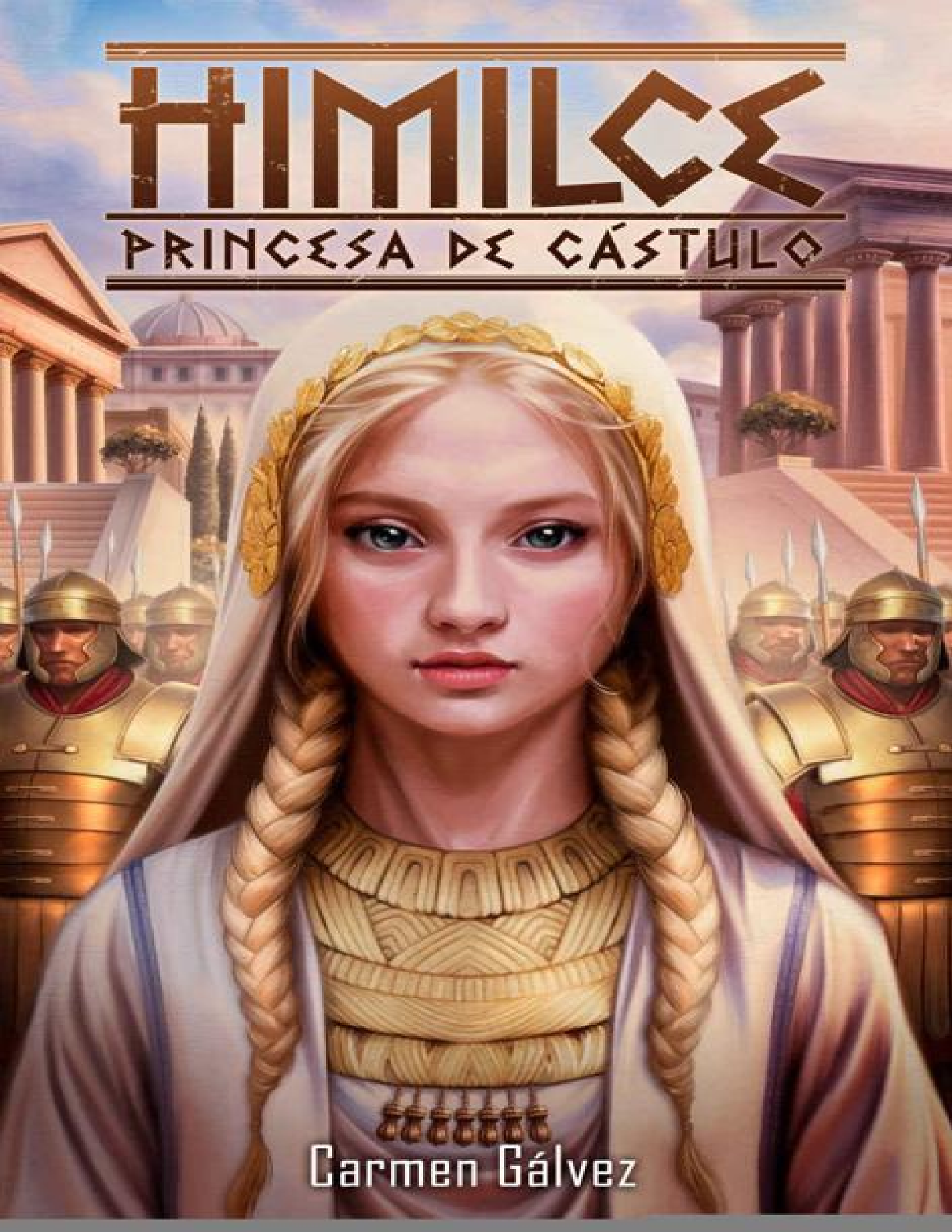
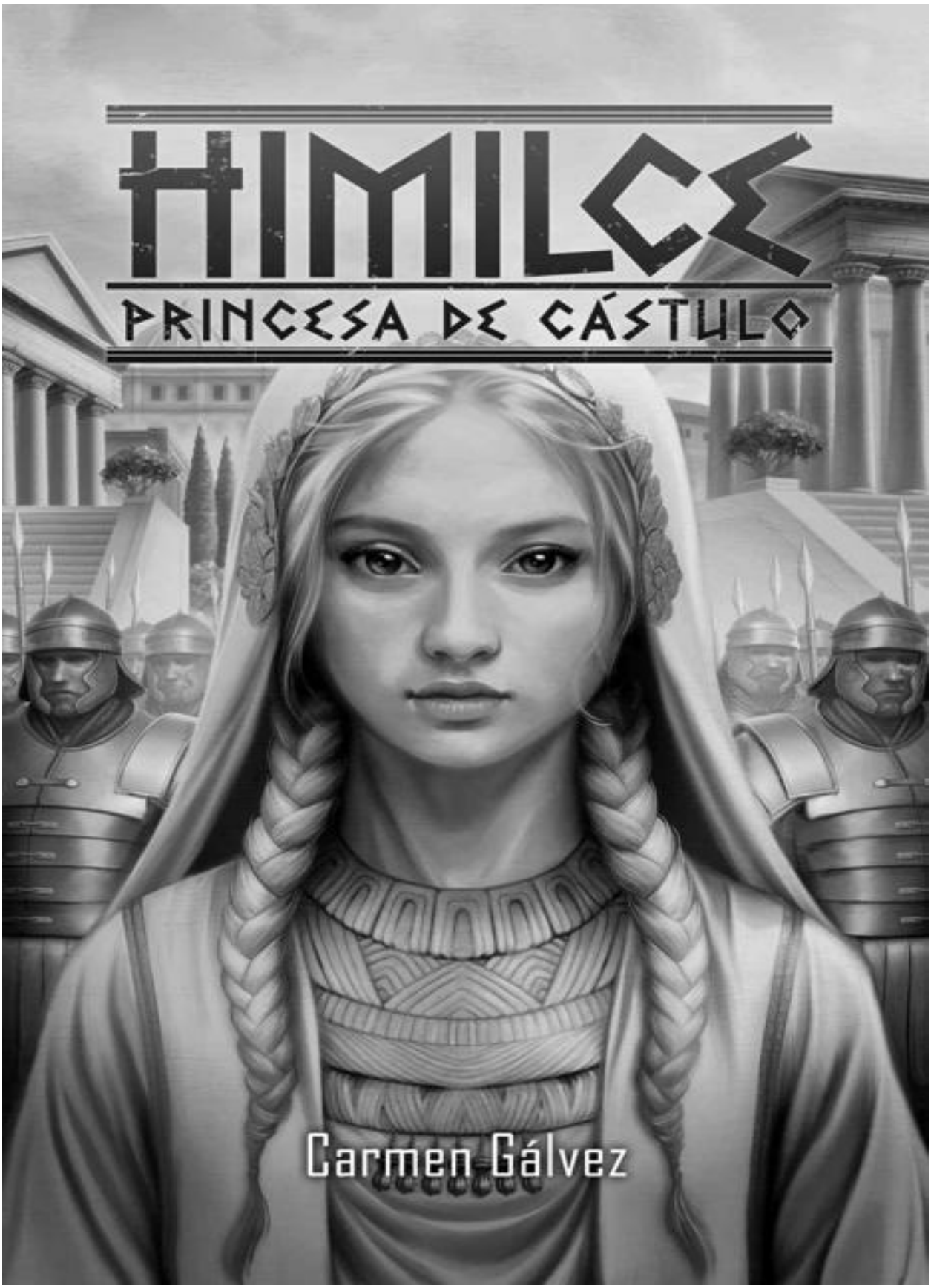
HIMILCE

PRINCESA DE CÁSTULO



Carmen Gálvez


HIMILCE
PRINCESA DE CÁSTULO
Carmen Gálvez

Himilce, Princesa de Cástulo.
Primera edición: mayo, 2024.

© Carmen Gálvez, 2024
Ilustración de portada: Juan Richard Feliz
Maquetación: W.E. Franco
Corrección: Ana García de Polavieja Embid

Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

A mi padre, un enamorado de Cástulo y su historia, por haber influido tanto en mi vida.
Y a mi hermana Himilce, la primera en llevar el nombre de la princesa de Oretania, mi princesa.

PRÓLOGO
NOTA DE LA AUTORA
Capítulo I - Te llamaré Himilce
Capítulo II - Necesito mirarme en los ojos de esa joven
Capítulo III - Lo que mi cabeza acepta, mi corazón lo rechaza
Capítulo IV - Seré vuestro huésped una semana
Capítulo V - Es hora de que conozcáis a Himilce
Capítulo VI - Seré una buena esposa, padre
Capítulo VII - ¡La alianza está sellada! ¡Larga vida a nuestros pueblos!
Capítulo VIII - Confiad y dejaos llevar
Capítulo IX - Mientras viva, seré enemigo de Roma
Capítulo X - No hay perdón para los traidores
Capítulo XI - Habéis elegido la guerra
Capítulo XII - Estamos perdiendo hombres
Capítulo XIII - Avanzar o morir
Capítulo XIV - Hacedle llegar a Aníbal mi deseo
Capítulo XV - Haremos lo que sea necesario para vencer a ese bárbaro
Capítulo XVI - ¿Qué voy a hacer, Anat?
Capítulo XVII - Sabéis cómo vencer, pero no sabéis cómo utilizar la victoria
Capítulo XVIII - Traigo noticias de Aníbal
Capítulo XIX - ¿Qué es lo que no se espera el enemigo?
Capítulo XX - Aníbal está acabado
Capítulo XXI - Roma vence
Capítulo XXII - Ahora sí que termina todo
Agradecimientos

PRÓLOGO

Tengo el honor de prologar esta novela corta que nace de la mente y corazón inquietos de su autora, Carmen Gálvez. Y no lo es solo por el profundo cariño que siento por Carmen y la gran amistad que nos une, sino también por el respeto que me producen la valentía, el pundonor y la seriedad con la que ha evolucionado en su camino como escritora.

Se inició con *Isabel*, que consiguió atraparme en la primera página y lo ha logrado de nuevo con *Himilce*, una obra que se estructura en veintidós capítulos y en la que se hace gala de un gran conocimiento de nuestra historia, al tiempo que de una imaginación serena que atrae y provoca la necesidad de avanzar en la trama de la narración en la que nos vamos sumergiendo, como quien no quiere la cosa, y nos vamos mimetizando con los ambientes, los personajes y sus vidas. Solo su autora sabe cómo empieza, qué sucederá en su desarrollo y cómo acabará, pero convence al lector que quiere saber más de estos personajes reales, de vidas imaginadas, que, como ella misma dice, *nacen para dar vida a su novela.*

Tiene este relato, además, el interés del conocimiento de Cástulo, ciudad íbero-romana, capital de la Oretania, cuyas ruinas se ubican a cinco kilómetros de Linares, ciudad de procedencia de la autora, quien nos acerca de manera magistral a través de sus descripciones, tan detalladas y ordenadas, al cómo y el porqué de sus personajes, de los lugares en los que se desenvuelven y de los objetos que los adornan, ambientando de manera pormenorizada la acción y creando una atmósfera que hace absolutamente creíbles los hechos que se narran.

Lo que más me gusta de la prosa de Carmen Gálvez es la agilidad con la que se desenvuelve la acción y la manera de hacer las descripciones, en las que se aúna un objetivo informativo que nos permite conocer perfectamente la época en la que sitúa su historia, pero que, al mismo tiempo, deja entrever sus propias impresiones y valoraciones personales, al menos nos pasa a aquellos que la conocemos bien. Se suele decir que quien describe realiza una pintura con palabras, y realmente se puede constatar ese efecto en esta novela, dada la ilusión con la que Carmen escribe.

Fruto de todo lo anterior es que la escritora conecta con sus lectores y consigue despertar un doble interés: de un lado, querer saber más de la historia que cuenta; y de otro lado, despertar una inclinación a profundizar en el conocimiento de los ambientes en los que instala sus novelas; en este caso, Cástulo, del que su padre, su guía, era un enamorado y al que ella siempre ha tenido y tiene muy presente en su vida.

Así, os animo a esta conexión maravillosa con la autora, Carmen, y con su protagonista, Himilce, y también a que os acerquéis a conocer nuestra tierra.

Os encantará.

M. Teresa Pérez Giménez

Vicerrectora de Estudiantes

Universidad de Jaén

NOTA DE LA AUTORA

La historia de la princesa Himilce es una de las que nace del corazón. El amor a mi tierra, donde se ubican las ruinas de lo que fue la ciudad de Cástulo, y la pasión que por su historia tenía mi padre me han empujado a escribir esta novela corta.

Ambientada en el siglo III a. C., durante la segunda guerra púnica y los años anteriores —en los que se gestó—, es, en gran parte, una novela de ficción.

No existen datos fidedignos de la vida de la princesa Himilce. Tan solo se sabe que contrajo matrimonio con el general cartaginés Aníbal. El propósito de la unión no fue otro que el de establecer la alianza entre los pueblos íberos y los cartagineses para mantener la paz y la defensa de Iberia frente a los romanos. En cuanto a Aníbal Barca, mucho se ha escrito sobre su paso por la historia y ha dado lugar a distintas versiones que confunden el personaje con el mito. No cabe duda de las batallas que libró y venció, de su capacidad estratégica para la guerra, de su liderazgo hasta su derrota en la batalla de Zama, en el año 202 a. C. a manos de Escipión el Africano.

En esta novela, la historia y la literatura se entrelazan para llenar esos huecos y crear así en el lector una visión de lo que pudo ser, de despertar el interés por conocer ese pedacito de nuestros orígenes.

Por esta razón, aparecerán personajes reales junto a personajes ficticios, que nacen para dar vida a la novela.

Te invito, lector, a que te sumerjas en las páginas que con tanta ilusión escribo para ti, y, si he conseguido despertar ese interés, Cástulo, sus ruinas y su historia te esperan en Linares.

Carmen Gálvez



Capítulo I
Te llamaré Himilce

La noche se instalaba en Cástulo cubriendo de sombras el palacio del rey Mucro. Los gruesos muros de piedra se despojaban con alivio del calor acumulado durante aquel día de verano. El silencio reinante se vio de pronto interrumpido por un grito desgarrador que hizo fracturar las fuerzas del rey. Su esposa estaba a punto de traer al mundo al fruto de su unión. Nervioso, Mucro caminaba en círculos por la zona central de la casa, impaciente y preocupado. Su sombra lo acompañaba en esos inopinados paseos en los que solicitaba la protección de los dioses. Después de aquel primer grito, se sucedieron algunos más que fueron ganando en intensidad conforme se acercaba el momento del alumbramiento.

Aquellos meses fueron especialmente duros para ambos. La reina, de salud frágil, había padecido algunos decaimientos que la habían obligado a permanecer en su lecho.

Ahora, cuando el final se tocaba con la mano, en aquella habitación vestida de ámbar gracias a las lámparas de aceite, el rey esperaba, mudo, como un actor secundario, la llegada de su primogénito.

La reina, asistida por varias mujeres de la casa real, llegaba al límite de sus fuerzas.

Tras varias horas de labor, su garganta liberó un último grito que consiguió que el rey nadara entre la impaciencia y la desesperación.

El último grito de la reina se confundió con el primer llanto de la criatura. El primer aliento del bebé se solapó con la exhalación del último suspiro de su madre. La vida y la muerte se entrelazaron por un instante, el mismo instante en el que la tristeza dejó paso a la esperanza.

Una de las mujeres envolvió a la criatura en una fina sábana y se la llevó, protegida contra su pecho, hasta la sala donde esperaba el rey. Con sumo cuidado y ternura, la dejó en los brazos de su padre.

—Señor —dijo dirigiéndose a Mucro sin mirarlo a los ojos—, os traigo a vuestra hija. Es una princesa, mi señor —añadió mientras la colocaba en los brazos de su padre.

—¿Mi esposa se encuentra bien? —preguntó temeroso de la respuesta.

—Me temo que no, señor —respondió apesadumbrada—. Se nos ha ido. Siento ser portadora de tan malas noticias.

El rey notó que sus rodillas se doblaban, las piernas se negaban a sostenerlo y su respiración alcanzaba gran velocidad para seguir el ritmo de su corazón acelerado. Su cuerpo no acataba las órdenes de su cerebro. Tanto que casi dejó caer de sus brazos a la pequeña.

—¡Cuidado! —advirtió la mujer mientras lo sostenía para evitar que se cayera—. Sentaos… Tomad aire…

Ayudado por la mujer, Mucro se sentó en uno de los bancos de madera vestidos con decorativas telas. Poco a poco, su corazón se fue acompasando con su respiración mientras clavaba sus ojos en los redondos ojos verdes de su hija.

—Himilce… Te llamaré Himilce[1], mi princesa —decidió al quedar prendado de su hermosura—. Haremos que tu madre se sienta orgullosa de ti —dijo con una voz casi imperceptible.

La muerte de la reina rompió el corazón de su esposo en diminutos pedazos, pedazos que se irían recomponiendo con el paso del tiempo y la presencia de su hijita Himilce.

Los funerales duraron varios días. La reina fue vestida con una túnica dorada que le gustaba llevar en vida en ocasiones especiales y que tan bien le sentaba al resaltar el color ámbar de sus ojos. Su cabello se ungió con perfume y su cuerpo con aceites. Quedó expuesta en el atrio de la vivienda para que sus súbditos le dedicaran el último adiós. Todos los habitantes de Cástulo, sin excepción, le rindieron homenaje.

Al quinto día, se condujo el cuerpo a la pira funeraria, donde pasaría a ser ceniza gracias al fuego purificador. Mucro caminaba encabezando la procesión, la lloraba a cada paso, en cada acto, desde la cremación hasta observar cómo sus restos se depositaban en una urna, que, acompañada con sus más preciados efectos personales, acabarían en el interior de la tumba que sería su última morada.

El banquete que puso fin a la despedida de su amada marcó el inicio de una nueva vida.

El rey contaba con la ayuda de Anat, la joven mujer que se hizo cargo de la niña desde su nacimiento. Anat no se separaba ni un instante de la princesa, velaba por ella día y noche.

Para Mucro era de vital importancia que Himilce creciera en el amor a su pueblo, a sus gentes, por lo que, como parte de su preparación, se alentó la relación con los niños de su entorno, con los que compartía juegos, risas y momentos que se asirían en su alma para siempre.

Cada noche, Mucro la sentaba sobre sus rodillas, la escuchaba y sonreía. Los dioses la bendecían. Himilce crecía sana, feliz, rodeada de un halo especial que atraía a los corazones de cuantos la conocían. Él le transmitía las costumbres de Cástulo, le hablaba de sus campos, sus olivares, sus ganados, su artesanía y sus minerales. Por su parte, Anat la instruía no solo en las relaciones humanas, sino especialmente en las divinas. El centro de su vida sería la adoración a la diosa Astarté, conocida también como Tanit, a la que, desde su nacimiento, se había confiado su protección.



Capítulo II
Necesito mirarme en los ojos de esa joven

Años más tarde

En el año 220 a. C. en Hispania, el general cartaginés Asdrúbal, también conocido como el Bello, exhalaba su último aliento a manos de un esclavo. Fundador de Qart Hadasht[2], entre sus logros se encontraba la firma de un tratado de paz con el resto de los líderes asentados en el sur de Iberia. En el acuerdo, la posición de Cástulo era de vital importancia. El *oppidum*[3] mantenía el control de la explotación del cobre, la plata y el plomo, minerales que hacían llegar a cualquier parte del territorio gracias a su buena ubicación y a la navegabilidad del rio Betis[4]. La pérdida de un aliado como Cástulo no se podía plantear.

Sin descendencia propia, los cartagineses decidieron poner al mando de sus tropas al joven Aníbal, cuñado del fallecido Asdrúbal, hijo primogénito de Amílcar, apodado Barca, antiguo general de los ejércitos púnicos, vencido y humillado por Roma. Aquella decisión inquietó a los aliados, que temían pasar de un período próspero a otro de guerras y conquistas, con la consiguiente pérdida de almas y riqueza.

El joven Aníbal, de veintiún años, había jurado aniquilar Roma, la que sería su enemiga desde aquel día que, siendo aún un niño, le hizo la promesa a su padre. Su afán de ganar adeptos a su causa y mantener las alianzas alcanzadas por el diplomático Asdrúbal lo llevaron a recorrer con sus hombres los territorios íberos, al sur del río Iberus[5]. Su interés se centraba sobre todo en Cástulo no solo por su enclave, sino también por su riqueza minera. La plata y el plomo se consideraban valiosos para las armas.

Acampados en las cercanías del santuario de Auringis[6], la noche estrellada invitaba a explorar sus inmediaciones. Acompañado por su hermano menor, Magón, se dirigieron hacia el templo. Sus conversaciones acerca de conquistas y alianzas se vieron interrumpidas por dos voces femeninas que provenían del santuario.

Una hermosa joven de cabello rubio platino, ataviada con una larga túnica blanca, oraba levantando los brazos al cielo. La otra mujer, de mediana edad, seguía sus plegarias absorta.

—¡Silencio, Magón! —le interpeló Aníbal—. Me ha parecido oír a una diosa cantar.

La voz de la muchacha lo había hechizado.

—Cierto, hermano —respondió Magón—. ¡Por los dioses si no es una sacerdotisa!

—Acerquémonos con sigilo. No me gustaría interrumpir sus plegarias ni desvelar nuestra posición.

Agazapados y reservados de la vista de las damas, escucharon la voz de la joven, que solicitaba protección a la diosa.

—Anat —llamó la muchacha—, ¿tú crees que madre está con Tanit?

—Estoy segura de ello, tanto como que te observa desde más allá de las estrellas y está orgullosa de tus acciones, de la joven en que te has convertido.

—Me hubiera gustado tanto conocerla…

—Eres igual que ella. Algún día serás recordada por tu pueblo tanto como tu madre.

Los dos jóvenes soldados escuchaban sin apenas respirar por miedo a ser descubiertos y susurraban entre ellos tratando de averiguar quién sería aquel ser extraordinario que los había cautivado desde que apareció ante sus ojos.

—Magón —lo llamó Aníbal en voz casi imperceptible—, necesito mirarme en los ojos de esa joven.

—Vámonos, hermano. Esa hermosa criatura está fuera de nuestro alcance.

—Si no me dan miedo las batallas, jamás huiré de una mujer, por muy sacerdotisa que sea —sentenció, seguro de sí mismo.

Se acercó a las damas y, seguido de cerca por su hermano Magón, llamó su atención:

—Hermosa noche nos concede Noctiluca. ¿Necesitan ustedes protección?

Anat retiró a la joven de los soldados intrusos y, agachando la cabeza, les respondió:

—Agradecemos tan generosa oferta, pero ya nos retiramos. Nos esperan. No podemos demorarnos más o nuestra escolta se preocupará.

—Perdonen nuestra intromisión. No hemos querido molestarlas —respondió Aníbal sin apartar los ojos de la hermosa joven.

Las dos mujeres pasaron por delante de los soldados con la intención de enfilar su camino de vuelta a casa, cuando la mirada de Aníbal se cruzó durante un fugaz instante con la de ella, instante suficiente para conquistar para siempre el corazón del valiente general. Con marcha apresurada, continuaron su camino y evitaron mantener de nuevo contacto con los atrevidos púnicos. Lo que no sabían es que los soldados descansaban antes de continuar hacia Cástulo con el propósito de entrevistarse con la élite íbera.

Pasada la noche, en Cástulo, su rey, un íbero bueno, Mucro, considerado el único capaz de mantener vigente la estabilidad alcanzada durante tanto tiempo con los cartagineses, recibía al resto de los representantes al sur del río Iberus.

Sentados alrededor de la mesa, los distintos líderes discutían sus miedos e inquietudes respecto al nombramiento del impulsivo Aníbal. En pleno debate, Aníbal se presentó ante el palacio de Mucro. Solicitó ser recibido de inmediato. La tensión se palpaba en el ambiente.

—Habéis pedido ser oído, joven Aníbal —saludó el rey a la vez que lo invitaba con la mano a acercarse—. Y no habéis podido elegir mejor momento.

—Gracias por darme audiencia, mi señor. Es mi deseo expresaros en persona mis respetos y ofreceros mi alianza en el caso de que, los dioses no lo quieran, los romanos decidan seguir

avanzando sin respetar pueblos ni pactos —expuso Aníbal.

—Con vuestras palabras confirmáis nuestros temores —respondió seriamente el rey—. No es nuestra intención luchar contra nadie. Los años de bonanza que trajeron nuestros acuerdos hablan por sí solos. Una guerra no trae nada bueno a los pueblos.

—¿Declináis mi ofrecimiento? —preguntó, molesto, Aníbal.

—Mi propósito es mantener el acuerdo suscrito con vuestro cuñado y, si ese acuerdo viene a ser continuado por Aníbal, al que considero un joven de talento y virtuoso, aquí tendréis mi promesa de una alianza duradera.

—No seré yo quien quebrante los acuerdos que alcanzasteis con mi cuñado Asdrúbal, pero ¿qué garantía tengo de que cumpliréis vuestra promesa de manteneros a mi lado? Rumores hay de vuestra inclinación hacia el pueblo romano.

El rey mantuvo un silencio inquietante que apenas duró un momento, pero que los presentes sintieron como interminable. Después, se levantó de su asiento y se dirigió al general:

—¡Esos rumores son infundados! ¡Qué mejor forma de ratificar la paz que ofreceros a mi única hija en matrimonio! No se me ocurre mejor garantía.

Aquello dejó a Aníbal y al resto de la sala sin palabras. Durante unos segundos, el repetido silencio dolía, hasta el punto de que el rey se sintió ofendido.

La princesa Himilce, con sus recién estrenados dieciséis años, hacía gala de una majestuosidad inherente, de una belleza sublime y un carácter bien forjado. Su largo cabello rubio, recogido en dos trenzas enrolladas sobre sí mismas a la altura de las orejas, dejaba ver la perfección de sus facciones, la calidez de su mirada y la ternura de unos voluminosos y rosados labios.

Había advertido a su padre, en numerosas ocasiones, que no aceptaría un marido impuesto. Su padre lo sabía, pero ella se debía a su pueblo, su vida debía ser la de princesa de Cástulo. Y, si para ello debía hacer algún sacrificio, así sería, por mucho que a él le doliera.

—¿Acaso mi hermosa hija no es suficiente para vuestro pueblo? —preguntó el rey con un deje de indignación.

—No me malinterpretéis, señor. Es más que generoso por vuestra parte —se defendió Aníbal —. Pero me hice una promesa a mí mismo al cumplir catorce años: me desposaré con la mujer que yo elija. Los matrimonios acordados han terminado, hasta hoy, en sangre, guerras y muerte.

—Entiendo —dijo el rey, asintiendo con la cabeza—. Esas mismas palabras se las oigo decir a mi hija Himilce a diario. Sed mi huésped una semana completa, conoced a la princesa y después seréis libre de aceptarla o rechazarla.

Aníbal era consciente de que no podía obviar la oferta del rey Mucro. No solo ofendería al más poderoso y respetado monarca de Oretania, sino también al resto de los pueblos. Su lealtad estaba en juego y debía pensar en cómo mantenerla.

—Acepto con honor vuestra propuesta —anunció con bravura—. Pero dadme dos días, solo dos días para organizar mi ejército asentado en Auringis[7], y seré vuestro huésped durante una semana.

—Que así sea —sentenció Mucro.

El joven general partió hacia el campamento con el objetivo de informar a sus hombres de lo acontecido y preparar una estrategia para librarse del matrimonio propuesto sin que el rey se sintiera ninguneado. Desde que cruzó su mirada con la joven del santuario, la mayor parte de sus pensamientos estaban dedicados a ella y se agolpaban en su mente sin dejar espacio para otros menesteres. Ahora debía pensar en cómo salir airoso de tan incómodo aprieto.

Asdrúbal y Magón no solo eran sus hermanos; el joven general los consideraba también sus más leales compañeros. Los tres hermanos Barca pasarían aquella noche en vela buscando una salida que mantuviera la paz con los pueblos íberos sin necesidad de sacrificar la soltería de Aníbal.

Tal y como aprendieron de su padre, Amílcar, los tres analizaban con rigor, y desde todos los ángulos, cualquier decisión que fuera relevante. Y en esta ocasión no podían obrar de otro modo: había mucho en juego.



Capítulo III
Lo que mi cabeza acepta, mi corazón lo rechaza

Mientras el joven e impetuoso general debatía con sus hermanos una salida, en Cástulo, el rey Mucro transmitía a su hija Himilce la noticia del ofrecimiento de su mano al general cartaginés.

—Mi querida niña —dijo el rey mientras acariciaba la mano de su hija—, sabes que no te hubiera comprometido si no fuera de vital importancia para nuestro pueblo. Se avecinan tiempos difíciles. La paz, que tanto nos costó conseguir, está seriamente amenazada. Los cartagineses han decidido poner sus ejércitos en manos de Aníbal, un joven ávido de gloria y conquistas y enemigo acérrimo de Roma.

Himilce escuchaba atentamente las palabras doloridas de su padre sin apartar la vista de él. Había crecido sin madre y su padre lo era todo para ella. Ahora recordaba cuántas veces la había sentado sobre sus rodillas y contado historias, todas ellas dirigidas a mantener vivo el carácter de su pueblo.

La decisión de Mucro de delegar una parte de la educación de su princesa al ama de cría Anat, quien acogió a Himilce desde su nacimiento como algo propio, fue un acierto. Entre los dos la habían mimado y educado, inculcando en ella el amor a Cástulo por encima de todo. Su dedicación a la niña daba ahora sus frutos.

—Sabes, padre, que jamás pondría en peligro a Cástulo y sus gentes. Yo me debo a ellos y a ti. Si ello significa entregarme a un desconocido hombre de guerra, así se hará. Hágase pues, pero con una condición: Anat no se separará de mí.

—Así se lo haré saber a Aníbal en caso de que te acepte en matrimonio.

—Perdona, padre, ¿cómo afecta mi compromiso al ofrecimiento de mi virginidad?

—Déjalo de mi cuenta. Que eso no te perturbe.

Y es que en Cástulo se tributaba culto a la diosa Astarté, diosa del amor y una de las esposas del dios Baal. La tradición provenía de la antigua Mesopotamia, donde se conocía a la diosa por Anat, de ahí el nombre de la cuidadora de la princesa. Los fenicios, ascendentes de los íberos, la consideraban la principal divinidad femenina. El culto llevaba consigo la liturgia de la prostitución sagrada, y en Cástulo se seguía de forma rigurosa la tradición. Las mujeres jóvenes de Cástulo debían acudir al templo de Astarté ataviadas con túnicas blancas, sujetas a la cintura con un cordón trenzado, todas iguales y dispuestas a ofrecer su virginidad a la diosa. En el templo las recibía la sacerdotisa, que les daba la bienvenida en nombre de la diosa y les explicaba que, tras su «regalo», a las jóvenes se les colmaba con el don de la fertilidad y el placer sexual. El acto sagrado consistía en sentarse todas las participantes frente a la estatua de Astarté, en silencio, a la espera de que alguno de los hombres participantes las eligiera. El varón interesado haría su elección situándose frente a la joven, y, una vez realizada la ofrenda en monedas a la diosa, el acto se convertía en sagrado. Ninguna joven tenía potestad de rechazar al elector fuese cual fuese la cantidad donada. Tras el desprendimiento de la virginidad, las jóvenes volvían a su hogar y nunca más debían ofrecer sus favores. Era un rito que las jóvenes ansiaban y temían a la vez, algo intrínseco de su cultura que no se planteaban incumplir.

Mucro se despidió de su hija con un beso en la frente. Ella tenía que asimilar su futuro lejos de Cástulo.

Himilce se sentía desdichada. Jamás hubiese pensado que llegaría el día en que tuviese que abandonar su hogar y dejar a su padre. Con él se sentía segura. Dentro de las murallas, protegida. En ese instante, sus pensamientos retrocedieron en el tiempo hasta llegar a su infancia. Le gustaba que su padre la instruyera sobre su ciudad, la importancia de adorar a los dioses y pedir su protección. Según él, Tanit la protegería siempre.

Sentada sobre un montículo en la ladera de una montaña, dibujaba garabatos en la arena mientras se preguntaba cómo sería el general que la tomaría como esposa y la llevaría a Cartago. Se encontraba tan abstraída que no oyó llegar a Anat.

Su cuidadora había sido informada por Mucro del próximo matrimonio de Himilce, siempre que Aníbal aceptase el enlace como símbolo de estabilidad y paz entre sus pueblos.

—Himilce, ¿te encuentras bien? —la interpeló Anat.

—No, Anat. Mi corazón está roto por el dolor de abandonar a mi pueblo.

—Lo entiendo, créeme, pero no estarás sola. Yo estaré siempre contigo.

—Anat, cuéntame la historia de Selene, como cuando era pequeña.

Las historias de la cuidadora la tranquilizaban, la llevaban lejos y difuminaban sus preocupaciones.

Anat volvió a contar la historia de la diosa Selene, nombre dado a la Luna. Una historia de amor indestructible entre ella y un pastor llamado Endimión. A Himilce le atraían las historias imposibles entre dioses y mortales. Cómo ese amor, en principio imposible, triunfaba contra todo pronóstico por encima de cualquier impedimento; y cómo los dioses no dudaban en ampararlo si lo consideraban eterno.

—Yo acabo de renunciar a un amor así —la interrumpió Himilce.

—Nadie sabe, princesa mía, dónde y cómo te sorprenderá la vida. Tú has nacido para hacer algo grande y tu destino está sellado desde tu nacimiento. Tu deber ahora es evitar la guerra entre nuestros pueblos y Cartago y, llegado el momento, evitar la guerra con Roma.

—Cuéntame qué sabes de él.

—Nada más allá de las habladurías de las gentes de nuestro pueblo. Es conocida su arrogancia y su inteligencia, así como su capacidad para dirigir los ejércitos. Su padre luchó contra Roma y fue derrotado, lo que le obligó a aceptar un acuerdo nada ventajoso para Cartago. Dicen que el general juró venganza y vive obsesionado con restablecer el honor de su pueblo ante Roma.

—¿Tú crees que seré capaz de conquistar su corazón e impedir el enfrentamiento que con tanto fervor busca?

—Ese es tu destino. Para eso has sido elegida.

—Un destino que acepto —dijo Himilce con voz entrecortada—, pero me pregunto si él será capaz de conquistarme no solo en cuerpo, sino también en alma. Lo que mi cabeza acepta, mi corazón lo rechaza.



Capítulo IV
Seré vuestro huésped una semana

Mientras en el campamento de Aníbal y sus soldados reinaba la calma, el general le daba vueltas a la cabeza tratando de buscar una salida airosa al ofrecimiento de Mucro.

—Hermano —le decía Magón—, debes ir a Cástulo y hospedarte una semana en el palacio del rey. No puedes ofenderlo.

—Lo sé —respondió Aníbal resignado—. Iré y seré su huésped una semana, pero tomaré sus palabras como ley escrita: «Después serás libre de aceptarla o rechazarla». ¡Y vaya si la rechazaré! Mi corazón pertenece a la joven sacerdotisa del templo de Auringis.

Sus hermanos parecían no reconocer al guerrero, al indiscutible, astuto y admirado Aníbal Barca, el Rayo. El encuentro fortuito de noches atrás había revelado su aspecto más vulnerable.

Los suyos lo conocían bien. Era el mayor de los tres varones y, desde muy temprana edad, se había sentido atraído por los conflictos bélicos. Era tanto su interés que su padre, Amílcar, había confiado su adiestramiento al preceptor espartano Sosilos. Él le enseñó todo sobre el arte de la guerra, lo alimentó con los triunfos y destrezas de Alejandro Magno, se aseguró de que adquiriera la astucia suficiente para que, usada en sabio equilibrio con su inteligencia, lo hicieran poco menos que invencible en la batalla.

En plena campaña bélica contra Roma, Aníbal, todavía niño, quiso acompañar a su padre a luchar contra los romanos; de él heredó su rechazo a la gran potencia que dominaba el Mediterráneo. Desde que hiciera aquel juramento de emplear fuego y hierro para romper el destino de Roma, sus hermanos no lo habían visto vacilar a la hora de tomar decisiones.

Ahora, las alianzas con los pueblos íberos asentados en territorios bajo dominio cartaginés dependían de la respuesta del líder de los cartagineses, el ofuscado general Aníbal Barca. Comenzaba a despuntar el alba cuando Asdrúbal lanzó una sugerencia a su hermano mayor.

—Ve a Cástulo. Conoce a la princesa. Dale una oportunidad a tu pueblo y, si aun así no estás convencido, utiliza la diplomacia aprendida de Asdrúbal, tu predecesor, y rechaza las nupcias sin

ofender al rey.

—¿Y cómo conseguiré tal proeza?

—Asegúrate de que no se entienda como un rechazo, sino como una alternativa en la que ambas partes, Cartago y Oretania, saldrán beneficiadas.

—Ahora mismo necesito pensar, hermano; fácil es decirlo, pero complicado hacerlo.

Magón, aún con miedo a provocar el enfado de su hermano, propuso una solución diferente:

—Acepta a la princesa. No provoques la ira de los aliados y evita disgustar a los dioses. Si Cartago ha confiado en ti para defender sus territorios y a sus gentes, la unión con la princesa es un precio que deberás pagar por Cartago.

—¿Y tú, Magón, me propones que acepte el matrimonio? ¿Tú, que presenciaste la dulzura y la atracción que causó sobre mí la sacerdotisa?

—Podrás luchar contra pueblos y conquistar tierras, hermano, pero jamás podrás huir del destino que Baal tiene reservado para ti.

Noctiluca había desaparecido del cielo dejando paso a las primeras luces del día. Fatigados por el viaje y la larga noche en vela, decidieron dormir en sus tiendas hasta la hora de su partida hacia Cástulo.

Aníbal dormía inquieto. Los sueños se apoderaban de su mente. En uno de ellos, se presentaba ante él su padre, que, con insistencia, le recordaba su promesa. En su cabeza resonaba el compromiso de recobrar el honor de Cartago y acabar con la hegemonía de Roma sobre el Mediterráneo. Se retiraba su padre y aparecía la joven de cabello dorado y túnica blanca adornada con las más exquisitas joyas. La joven lo miraba en silencio y después se retiraba de su lado mientras él extendía la mano para alcanzarla sin llegar a conseguirlo.

Llegada la hora de su partida, lo acompañaría Magón. Asdrúbal permanecería en el improvisado campamento hasta su regreso.

—Hermano —rompió el silencio Magón—, espero que el descanso haya despejado tu mente.

—Y así ha sido —respondió con una sonrisa en los labios—. Ya tengo la solución sin poner en riesgo las alianzas ni renunciar a mi soltería.

—Cuéntame, pues, hermano.

Aníbal, ya sobre su caballo para iniciar el viaje a Cástulo, le expuso a su hermano menor su estrategia.

Pasarían la semana como invitados en el palacio de Mucro, conocerían a la princesa, e incluso la cortejaría, pero sería un caballero y renunciaría a desposarla en aras de que la princesa no abandonara su tierra y a su familia. A cambio, se conformaría, como sello de continuidad de la alianza, con la entrega de minerales en cantidad suficiente para proveer a su ejército de nuevas armas y escudos.

—Cástulo y sus alrededores son una zona rica en minerales —explicaba Aníbal—. Eso es más valioso para nosotros que una princesa mimada. Y estoy seguro de que para Mucro será gravoso deshacerse del mineral, por lo que entenderá que con ello quedará sellado el pacto.

—Ahora te reconozco. Has pensado con sabiduría, tal y como nos tienes acostumbrados.



Capítulo V
Es hora de que conozcáis a Himilce

A la caída de la tarde, los dos caballos con sus dos exhaustos jinetes se encontraban a las puertas del palacio de Mucro. El rey, que los esperaba, había ordenado preparar sus aposentos y que se les proporcionara todo lo necesario para una confortable estancia. Aquella misma noche, les ofrecerían una fiesta en su honor en la que disfrutarían de manjares de la tierra, danzas y bailes y, lo más esperado, Aníbal conocería a la princesa Himilce.

En Cástulo se había corrido la voz de la visita del general y de la intención del rey de desposar a su hija con él. Sus habitantes acogieron la noticia con sentimientos encontrados. Si bien, como súbditos del rey Mucro, aceptaban y respetaban sus decisiones dando por hecho que sería lo mejor para el pueblo, desprenderse de su princesa los sumía, por otro lado, en la más desesperada de las tristezas. Himilce se había ganado, desde su nacimiento, el cariño de sus conciudadanos. En cada casa, en cada familia la consideraban un trocito de ellos. Su madre murió sin conocerla y, desde ese mismo instante, las gentes se volcaron con la criatura, considerándola parte de sus vidas. La alegre chiquilla gustaba de compartir juegos con los demás niños, lo que en palacio jamás se le prohibió. «Si quieres ser una princesa respetada y querida por el pueblo, debes convivir con sus gentes», le aconsejaba su padre a menudo.

Anat cuidaba de ella y la acompañaba cada tarde a la ladera de la montaña a jugar con sus amigos. La gracia con la que se movía y se relacionaba desde pequeña hacía pensar a su cuidadora que la princesa realmente era una protegida de los dioses.

Todo estaba dispuesto para la cena. Alrededor de la larga mesa repleta de frutas y carnes a la brasa, los comensales permanecían sentados a la espera de la incorporación del rey. Al acontecimiento habían sido invitados los demás líderes íberos, aquellos que dos días atrás presenciaron la entrada de Aníbal en el palacio y su ofrecimiento.

Mucro encabezó la mesa y, extendiendo ambas manos, solicitó a los comensales que comenzara la cena. Se habló de la posición de Roma y de la posibilidad de que los tiempos de

paz llegaran a su fin. Aníbal no disimuló su empeño en dejar zanjada la cuestión romana, lo que a sus interlocutores les pareció un desafío por su parte. Durante la cena, varias bailarinas alegraban con sus danzas el ambiente llamando la atención de los dos jóvenes soldados.

—Es hora de que conozcáis a Himilce —anunció el dirigente en tono solemne—. Mi hija, la princesa, bailará esta noche para vos.

Y, con dos fuertes palmadas, dio entrada a la princesa.

Tanto Aníbal como el resto de los invitados sentados a la mesa volvieron sus miradas hacia la joven que acababa de aparecer. Himilce lucía una túnica azul cielo ceñida a la cintura con un cinturón dorado en el que resaltaban piedras semipreciosas de varios colores. Su cabeza aparecía cubierta por un velo que apenas dejaba percibir su rostro. Haciendo una graciosa reverencia, comenzó a bailar al ritmo de la música que le proporcionaban los laúdes, encargados de amenizar el espectáculo.

Sus movimientos delicados y acompasados hicieron que en la gran sala reinara un silencio que convirtió a los presentes en estatuas por miedo a deshacer el encanto del momento. Cuando la danza alcanzó su clímax, Himilce se desprendió de su velo y dejó al descubierto su incomparable belleza. Magón miró a Aníbal mientras le llamaba la atención golpeándole con el codo derecho. Aníbal permanecía inmóvil, hechizado; se había abandonado a aquel baile y a aquella joven desde el momento mismo que descubrió en ella a su sacerdotisa. «Los dioses están de mi parte», pensó.

Terminada la danza, Mucro se levantó dirigiéndose a su hija, la invitó a acompañarle y, a la altura del asiento de su invitado, le sugirió que se levantase. Una vez en pie, cedió la mano de Himilce, colocándola sobre la mano del general.

—Aquí tenéis a mi más preciado tesoro, mi hija Himilce, princesa de Cástulo. La fiesta ha concluido aquí. Podéis retiraros y conversar en los jardines de palacio. La noche acompaña a hacerlo.

La joven mantenía su mirada baja, sin atreverse a cruzarla con su pretendiente. Él, sin embargo, no apartaba los ojos de ella. Aún asidos, salieron, alejándose de las miradas de los asistentes.



Capítulo VI
Seré una buena esposa, padre

El tercer mes avanzaba hacia su ocaso. La primavera no tardaría en hacer su aparición y el cielo mostraba signos irrefutables de ello. Vestido de estrellas y presidido por una impresionante luna llena, aquel cielo amparaba a las dos sombras cogidas de la mano que se adentraban en el corazón de los jardines del palacio. Rodeados de flores multicolores, entre las que destacaban las gardenias, que desprendían un olor que acariciaba el aire de la noche, Himilce y Aníbal volcaron sus miradas el uno en el otro coincidiendo por primera vez.

El joven general ardía en deseos de expresarle su amor a la princesa. Sin embargo, algo en lo más profundo de su ser le impidió hacerlo. Su corazón lo empujaba a estrecharla entre sus brazos mientras su mente le ordenaba respetar los tiempos, fijar una estrategia, no mostrar ante nadie sus verdaderos sentimientos. Al fin y al cabo, disponía de una semana completa.

—Sois hermosa, princesa —le dijo Aníbal tomándole ambas manos—. Ha sido un verdadero honor para mí conoceros.

Himilce desvió su mirada con rubor. Era la primera vez que un hombre la miraba y admiraba como mujer, y ese hombre no era precisamente la idea de compañero con la que había soñado.

Aníbal supo que aquella noche debía terminar. Era el momento de dejarla marchar, sin abrumarla.

—Es tarde. La jornada ha agotado mis fuerzas. Si no os importa, debo retirarme —le susurró mientras le besaba la mano.

Himilce apartó su mano con rapidez a la vez que retraía sus pasos para alejarse de su pretendiente. En silencio, Aníbal enfiló su camino hasta el interior de la vivienda dejando a la princesa sola, con la única compañía del manto estrellado y la brisa que acariciaba con mimo su cabello.

Dos lágrimas acudieron a los ojos de la princesa que, por primera vez en su vida, se había sentido abandonada. El sacrificio que aceptó ante su padre le parecía aún más duro de lo que

había imaginado. Su corazón valiente se tornó en aquel instante en un corazón amedrentado.

La noche resultó interminable para ambos; transcurrió en un duermevela aderezado con momentos de incertidumbre e inquietud. Lentamente, la oscuridad dejó que la mañana se desperezara y se colase en las estancias del palacio.

Anat cepillaba el cabello de Himilce. La miraba con una mezcla de dulzura y desasosiego ante la evidencia de que su princesa estaba invadida por la tristeza. Le dolía ver cómo la joven alegre y vivaracha de días atrás lucía apesadumbrada y aceptaba con resignación su destino.

—¿Qué piensa esa cabecita? —preguntó Anat.

—Me cuesta aceptar mi nueva vida, Anat —respondió—. No me veo lejos de Cástulo, y menos aún con el hombre que se ha elegido para mí.

—Dale tiempo, querida niña. Todo comienzo es difícil y todo cambio conlleva un sacrificio, pero tu destino está escrito y, si es como yo pienso, tendrás una vida maravillosa.

—Ojalá viera mi destino como tú lo ves, Anat. Ahora estoy ciega. Más allá de su vanidad, no veo nada en ese hombre.

Las mujeres vieron interrumpida su conversación por unos suaves golpes en la puerta. La preocupación de Mucro lo había dirigido hasta allí con el único objetivo de comprobar cómo se sentía su hija.

Anat abrió la puerta para dar paso al rey. Con discreción, abandonó la alcoba de la princesa y la dejó a solas con su padre.

—Mi querida niña —le susurró Mucro arrodillándose ante ella—, no puedo verte así. He volcado sobre ti una responsabilidad que no te corresponde.

Himilce colocó su cabeza sobre la de su padre cubriéndola con su cabello. Sus brazos lo rodearon con ternura.

—Sí que es mi responsabilidad —le respondió entre sollozos—. Lo haré padre, aunque… él no parece estar interesado.

—¿Cómo alguien puede resistirse a tu belleza? ¡No puede ser! —exclamó.

—Padre, quizá no todos los ojos miren de la misma manera. Quizá no soy la esposa que desea.

—Ahora no es eso lo que me estremece. Solo mantendré mi ofrecimiento si tú estás bien. Nada puede hacerme más desdichado que tu propia desdicha.

—Yo solo necesito tiempo. Tiempo y amparo de los dioses. Seré una buena esposa, padre. No te preocupes. Es mi destino y tu ofrecimiento nada tiene que ver. Cástulo está por encima de todo y la paz bien vale mi sacrificio.

—Veamos, pues, cómo se desarrolla esta semana. Al fin y al cabo, es Aníbal el que tiene ahora la palabra.

Mucro se levantó despacio, acariciando a su hija con la mirada. Apartó su pelo de la cara y la besó en la frente. Después, abandonó la estancia.

Anat volvió para ayudar a Himilce a vestirse. Escogió una túnica blanca que ciñó a su cintura con un azulado fajín. Adornó su cuello con varios collares dorados y recogió su cabello con dos trenzas que quedaron perfectamente enrolladas sobre sí mismas a la altura de cada una de sus orejas.

Aníbal y Magón se levantaron al alba. Contemplaron la aparición del sol, cómo sus primeros rayos despidieron a la noche. Caminaron por los jardines de palacio a la espera de volver a ver a la princesa. Fue el rey quien sugirió que Himilce acompañase a los jóvenes a conocer Cástulo. La

mejor forma de hacerlo sería sumergirse en sus calles empedradas, mezclarse con sus gentes, admirar sus talleres de forja, de alfarería… Sus campos, donde comenzaban a asomar los primeros brotes de cereal; y sus olivos, en espera de despertar en flor como paso previo a la cosecha.

Anat e Himilce caminaban por delante de los jóvenes, que las seguían a corta distancia, pisaban sus mismos pasos. Las gentes giraban sus cabezas al verlos pasar, ávidos por conocer al general que desposaría a su princesa. Ella saludaba con la mano, a la vez que les esbozaba una sonrisa de cariño.

Aníbal no apartaba la mirada de la joven, como queriendo aprender cada gesto, cada palabra salida de su boca. El conquistador sin duda había sido conquistado, pero aún no era el momento de descubrirle sus sentimientos. Contaba con una semana y decidió consumirla.

Los días y las noches se sucedieron sin reparo hasta alcanzar el día en que Aníbal debía dar una respuesta al rey. Durante la semana, ambos jóvenes habían intercambiado alguna que otra palabra. No podía decirse que hubieran tenido una conversación completa. Se dedicaron a caminar el uno al lado del otro y a compartir alguna que otra mirada que, inmediatamente, esquivaban.

El rey esperaba la respuesta, pero Aníbal decidió que su futura esposa debía ser la primera en conocer su decisión.

Después de la cena de aquel último día, ambos salieron al jardín, tal y como habían hecho desde el primer día. Pero aquel era distinto. El sol se había tumbado y podía verse una franja anaranjada en el horizonte. Pronto sería la luna la que iluminara el jardín que acogía a Himilce y Aníbal.

—Himilce —se adelantó Aníbal, mientras hincaba una de sus rodillas en el suelo—, aceptadme como esposo. Os juro que os amaré y os protegeré hasta el último aliento de mi vida.

—¿No es la alianza con mi pueblo lo que os mueve? —respondió ella de forma descarada.

—Podéis estar segura de que no.

—¿No es el ofrecimiento de mi padre lo que os condiciona? —insistió.

—Dispuesto venía a rechazar el ofrecimiento de Mucro, eso es cierto. Pero más cierto es que, desde el día en que os vi en el santuario de Auringis, me juré que a nadie más amaría y a nadie más me uniría.

—No os entiendo. No me conocéis.

—Los dioses os pusieron en mi camino y algo en mí despertó en el momento en que mis ojos os descubrieron por primera vez. Himilce, os lo ruego, aceptadme y a vos dedicaré mi vida.

—Antes de dar mi respuesta, debéis saber que no os amo.

—Me basta con una oportunidad.

—Y que, si acepto, lo hago por mi pueblo, por Cástulo.

—Lo asumo y lo respeto. Si nuestro destino es estar unidos, los dioses harán el resto.

—¿Y qué haréis si Roma declara la guerra a Cartago? ¿Me abandonaréis?

—¡Jamás! Vuestra seguridad para mí será lo primero.

—Si aceptáis, además, que Anat me acompañe…

—Por supuesto. Lo que digáis. Os vendrá bien su compañía.

—Entonces, mi respuesta es «sí».

En ese momento, dos estrellas fugaces sobrevolaron sus cabezas. A esas dos estrellas siguieron muchas más en el tiempo que permanecieron bajo aquel punteado firmamento. Aníbal se levantó de un salto del suelo y, mirando hacia arriba y alzando los brazos, exclamó:

—¡Sí! Ahora mi felicidad es plena. Os colmaré de joyas, perfumes y sedas. Seréis la princesa de Cástulo y mi princesa.

—Hay un pequeño escollo —frenó en seco su entusiasmo.

—Ninguno será insalvable.

—Este sí. Mi virginidad. Quedan pocos días para mi ofrecimiento a la diosa.

—Jamás me rindo. Confiad en mí.

Fue su primera conversación y el comienzo de lo que les aguardaba por venir.



Capítulo VII
¡La alianza está sellada!
¡Larga vida a nuestros pueblos!

Mucro acogió la noticia con satisfacción y, desde ese mismo instante, comenzaron los preparativos para la boda. La fecha se fijó para la primavera en el templo de Tanit en Qart Hadasht.

Antes del enlace, llegó el día del ofrecimiento de la virginidad.

Himilce temblaba y no sabía por qué. Se había preparado para cumplir con el rito, había aceptado su destino de unirse a un desconocido y abandonar su hogar, pero ahora, llegado el momento, algo en su interior lo rechazaba.

Entró en el templo vestida con la preceptiva túnica blanca de lino y una corona trenzada alrededor de la cabeza. Su cabello suelto se movía al compás del viento, que lo acariciaba atrayéndolo con mimo hacia su cara. La joven lo apartaba para dejar ver su tez ruborizada. Con ella, el resto de las participantes fueron acomodándose en círculo frente a la estatua de la diosa. La sacerdotisa las saludó y dio comienzo el rito.

—¡Oh, Astarté, diosa de la fertilidad, del amor! ¡Acepta la ofrenda de estas jóvenes, dignas de vuestra protección y bendiciones! Que con la prostitución sagrada logren tener una vida fértil, colmada de amor y placer. Que las mismas perpetúen la vida en la tierra. Que el pago de su virginidad te agrade y sirva para el mantenimiento de tu templo.

Ante las jóvenes, las interpeló:

—¿Aceptáis vuestro destino?

—¡Sí, lo aceptamos! —proclamaron al unísono.

—¡Que así sea!

La sacerdotisa desapareció del lugar. Seguidamente, se oyó un chirrido que anunciaba la

apertura de la puerta por donde se preveía la entrada de los jóvenes varones para hacer su elección.

Himilce no se atrevía a abrir los ojos, los nervios se apoderaron de su cuerpo, que temblaba de forma incontrolada.

Un joven se apresuró con paso firme y se acercó a ella hasta colocarse frente a frente.

—¡Vos sois mi elección! —dijo en voz alta—. ¡Levantaos!

Mientras hablaba, dejó un puñado de *shekels*[8] en el regazo de la princesa hasta desbordar su túnica.

Ella se levantó y varias monedas rodaron hasta topar con los pies de la estatua de la diosa. Cuando abrió los ojos, se quedó petrificada al reconocer los inmensos ojos negros del general cartaginés. Aníbal le dedicó una sonrisa mientras le ofrecía su mano. Se encontraba aturdida. Depositó, como pudo, las monedas ante la diosa y encaminó sus pasos a la puerta con objeto de alcanzar una de las habitaciones ubicadas a ambos lados de un largo pasillo destinadas al culto de entrega de la virginidad. Aníbal le cedió el paso y cerró la puerta tras de sí.

—Mi querida princesa, ¿no os alegráis de que sea yo? —la interpeló al verla aún turbada.

—No puedo rechazar ceder mi virginidad en este acto. No es mi elección, al igual que no he elegido ser vuestra esposa, aunque lo acepte. Quiero que quede bien claro.

—No me queda duda, princesa. Habéis procurado que grabe a fuego en mi alma vuestro rechazo. Ya os dije que no soy hombre de rendiciones. Seréis mía a su tiempo.

Himilce se despojó de su túnica y se dispuso a aceptar su destino. Desnuda frente al general, volvió a cerrar los ojos. Él la escaneó mientras ardía en deseo. A pesar de ello, se colocó detrás de ella y se apresuró a recoger la túnica del suelo y tapar la desnudez de su prometida.

—No será hoy cuando me entreguéis vuestra virginidad —le susurró al oído.

—Pero ¡no puedo ofender a la diosa! Necesito su protección, daros hijos, contar con su beneplácito si quiero…

—Shhh. —Puso un dedo en los labios de la joven para interrumpir su discurso—. La diosa ha aceptado mi pago. Habéis cumplido. Si con alguien debe rebelarse la diosa, es conmigo.

—Pero… —intentó intervenir de nuevo.

—No hay nada más que decir, princesa. Conquistaré vuestro corazón. No será esta la batalla que pierda. Lo que me ofrecéis hoy lo tengo cualquier día de una ramera. No es así como quiero que empiece nuestra relación.

Himilce dejó que las lágrimas corrieran libres después de haber estado contenidas desde hacía rato. Cubrió los ojos con sus manos y dejó que Aníbal acariciara su melena.

La primavera se abrió paso y al fin llegó el día en que Himilce partiría hacia Qart Hadasht para su enlace con Aníbal.

Sus amigos, entre los que se encontraba Cerdubelo, con el que había compartido su infancia, incluidos juegos y desvelos, acudieron a despedirla. Les costaba dejarla partir sin saber si volverían a verla, sobre todo a Cerdubelo, que, cogiéndola por ambas manos, la miró a los ojos. No dijo nada, su mirada lo decía todo. Himilce dejaba a un amigo, él dejaba escapar a la que sería el amor de su vida.

La princesa subió a la carreta acompañada de su padre y de Anat. Mucro no quiso dejarla sola. Decidió acudir a sus esponsales lejos de su tierra, aun a sabiendas de que, en pocos días, una segunda boda tendría lugar en Auringis, en el santuario donde se conocieron los prometidos, esta vez bajo la mirada de sus dioses. Miró hacia atrás con pena, vio cómo el paisaje se

desdibujaba, los olivos se hacían pequeños y se asemejaban a un mar verde. Las murallas que protegían la ciudad desaparecieron de su vista. Nada de lo que esperaba por vivir compensaría lo que dejaba. Su deber, aceptado con orgullo, la abrumaba.

Cuando faltaba poco trecho para llegar, Aníbal salió al encuentro de la comitiva de la que sería su esposa. Montado en su corcel, los escoltó hasta palacio. Las gentes de Qart Hadasht la recibieron bajo vítores de alegría y se arremolinaban con objeto de conocer a la mujer que había conseguido conquistar el corazón del bravo general.

Tras unos días de preparativos, llegó el momento esperado. El día amaneció espléndido. Anat se encargó de todo. Estuvo presente mientras un grupo de esclavas bañaron, perfumaron y vistieron a la princesa.

Un solio, portado por esclavos, la condujo al templo.

Himilce subió la escalinata. En ese momento, resplandecía especialmente. Aun con su mirada triste, lucía como si de una diosa se tratara. Su cabello descendía sobre los hombros formando unas ondas perfectas. La luz de aquel espléndido día se reflejaba en él aumentando aún más su brillo. En su cabeza, la aya Anat le había colocado una preciosa diadema dorada, propiedad de la que fue su madre. Sobre su túnica blanca, un manto dorado cubría totalmente uno de sus brazos, dejando ver la tersa piel del otro.

El general acudió con sus mejores galas. Su armadura relucía al igual que su casco de soldado cartaginés. Su barba, recortada, cuidada, dejaba entrever diferentes tonalidades de castaños. Sus enormes ojos negros brillaban como expresión manifiesta de su felicidad. En el templo, en silencio, los súbditos y familiares de ambos esperaban oír los votos de los contrayentes.

—Mi corazón palpita desenfrenado al acercarse a vos, mi princesa. Ante los ojos de Tanit, prometo amaros, cuidaros y respetaros todos los días de mi vida —le susurró Aníbal a su princesa, tomándola de ambas manos.

—Ante los ojos de Tanit, a la que pido protección, me entrego a vos como esposa y prometo seros fiel todos los días de mi vida.

Aníbal, conocedor de que Himilce no lo amaba, selló su matrimonio con un beso en la frente. Cogidos de la mano, tomaron una antorcha encendida y, con ella, avivaron el fuego del templo en señal de entrega del uno al otro. Acto seguido, se volvieron hacia los presentes, Aníbal alzó la mano manteniendo en ella la de su recién estrenada esposa en señal de triunfo. Los presentes vitorearon a la pareja deseándoles largos años de amor y prosperidad. Escondido de la vista de todos los invitados, Mucro dejó correr las lágrimas que instantes antes habían inundado incontroladamente sus ojos.

La fiesta de los esponsales duró varios días. Bailes, flautas y cítaras la amenizaron; todo tipo de alimentos y bebidas saciaron a los habitantes de la ciudad.

Quedaba la ceremonia íbera para dar validez al matrimonio en los pueblos íberos, condición impuesta al general por la princesa y su padre.

En Auringis, en el santuario dedicado a la diosa madre, se congregaron los habitantes de Cástulo para ser partícipes del acontecimiento.

Esta vez, Himilce se decantó por una túnica turquesa. Sus cabellos estaban recogidos en dos trenzas enrolladas a ambos lados, a la altura de las orejas, típico de las mujeres oretanas. Su diadema de plata le realzaba el brillo. Del brazo de su padre, Mucro, caminó hacia Aníbal, que la esperaba ataviado con su uniforme de general.

Ante la sacerdotisa que oficiaba la ceremonia, los contrayentes se prometieron fidelidad y amor.

Al finalizar la ceremonia, Mucro exclamó:

—¡La alianza está sellada! ¡Larga vida a nuestros pueblos!

—¡Larga vida! —respondieron los asistentes.

Otros tres días de fiesta dieron por finalizado el pacto entre los íberos y los cartagineses.

Los esposos marcharon a lo que sería su hogar en Qart Hadasht: un pequeño palacio de la ciudad amurallada, capital de Cartago en Iberia. Los aposentos de la princesa contaban con un balcón enrejado con vistas al mar Mediterráneo. Junto a su alcoba, separados por una robusta puerta de madera oscura, los aposentos de su esposo. A Anat le habían proporcionado una austera habitación en la planta inferior del edificio.

La primera noche, Anat cepillaba con esmero el largo cabello de Himilce cuando fueron interrumpidas por Aníbal.

—Os ruego que me dejéis a solas con mi esposa —solicitó Aníbal a la aya.

Anat salió sin demora; dedicó una suerte de reverencia al esposo de «su niña». Deseaba con toda su alma que su enlace diese pronto los frutos de un amor puro.

El hombre que se presentaba ante la infeliz princesa no era el hombre conocido por todos. Ante sus hombres y su pueblo, Aníbal era el valiente general, frío y calculador, maestro de la estrategia, inteligente e infatigable, implacable con sus enemigos, conquistador irrefrenable. Ante su dulce princesa, mostraba su cara más tierna, comprensiva, la expresión de un hombre enamorado.

—Los dioses saben bien que os amo, Himilce —susurró Aníbal mirando a su amada a los ojos—, pero de igual modo saben que jamás haré nada que no deseéis, así que permaneced tranquila y dormid bien esta noche. Mañana os llevaré a conocer Qart Hadasht.

Himilce asintió en silencio y, con una ligera sonrisa en sus labios, agradeció las palabras de su marido. La primera noche resultó interminable. La mayor parte de las horas, tanto para la princesa como para el general, transcurrieron apartadas del sueño. Asomada al balcón de su habitación, miraba al mar y oraba a Tanit:

—¡Oh, mi protectora! No me alejes de tu amparo. Ilumina mi corazón y llénalo de amor para Aníbal. Haz que mi corazón y mi mente caminen al unísono. Por mí y por Cástulo.

Tendida en su lecho, siguió rezando hasta bien entrada la noche, cuando por fin el sueño la venció. Por la mañana, Aníbal fue al encuentro de su esposa. Montándola a la grupa de su veloz caballo negro, cabalgaron al galope con la intención de recorrer la ciudad, para acabar descabalgando en una apartada cala de aguas prístinas y fina arena color dorado.

—Descansemos aquí un momento. Disfrutemos del día que se nos regala y del sol que nos acompaña —solicitó Aníbal a su princesa.

—Como queráis —respondió, sumisa.

—Permitidme que despeje mi calor en estas frescas aguas. Podéis acompañarme o esperarme, como deseéis —dijo Aníbal mientras se desprendía de la mayor parte de sus ropas, dejando su torso completamente desnudo.

Sin esperar la respuesta de Himilce, avanzó hacia el mar y se introdujo lentamente mientras ella no apartaba la mirada de aquel joven de cuerpo atlético y bien formado. Después de jugar unos instantes con las olas e intentar salpicar a la acalorada muchacha, Aníbal salió despacio del mar y se peinó el pelo hacia atrás con las manos para despejar su cara.

La estampa del fornido soldado saliendo del Mediterráneo despertó en la princesa algo en su

interior: un sentimiento desconocido hasta ahora para ella y que provocó que un escalofrío recorriera su cuerpo, que su piel se erizara y su corazón palpitara creando una especie de música que hacía retumbar su pecho. Al acercarse, Aníbal se percató de su estado y, sin decir nada, se vistió y la ayudó a levantarse para seguir su camino de regreso a palacio.

Así pasaron los primeros días y las primeras noches. Aníbal le dedicaba unas horas a su esposa, pero la mayor parte del tiempo lo pasaba con Anat, y las noches… sola.



Capítulo VIII
Confiad y dejaos llevar

Pasaban los días y las semanas. Sin ser consciente de ello, Himilce esperaba impaciente el momento de ver entrar a su esposo en su busca para agasajarla y deleitarla con sus conocimientos sobre la vida, los pueblos y las estrategias de conquista aprendidas de Alejandro Magno. Cada entrada triunfal despertaba en ella un deseo ardiente de su cuerpo, sentimientos que le habían sido desconocidos hasta el momento en que lo vio salir de entre la espuma del mar aquel caluroso día de abril.

—Anat, ¿qué es esto que siento? ¿Acaso estoy enferma? —preguntó a su aya.

—¡Ay, criatura! Sí que estás enferma, pero enferma de amor —respondió entusiasmada, juntando las manos y mirando hacia arriba—. Los dioses han escuchado mis plegarias. ¡Cuántas noches he alzado la voz rogando para que llegara el momento en que tu corazón despertara, de que hallaras tu felicidad al lado de tu esposo!

—¿Qué hago, Anat? Parece que ahora es él el distante, no frío, eso no, pero lejos, lo siento tan lejos...

—No está lejos, Himilce —intentaba calmarla Anat con dulzura—. Te espera. Algo me dice que está buscando el momento en el que vea en ti el mismo amor que él te profesa.

Anat estaba en lo cierto. Aníbal, como buen estratega, calculaba todos sus movimientos. No importaba que su conquista, en este caso, no fuese una ciudad o vencer a un enemigo, la estrategia era algo innato, parte de su ser. A estas alturas, ya era conocedor de los sentimientos de su amada. Tan solo un empujoncito más y caería cual fruta madura. Y allí estaría él para recogerla, estrecharla en sus brazos y trasportarla más allá de las estrellas.

Asomada al balcón de su alcoba, Himilce esperaba ansiosa la llegada de Aníbal. «Parece que se retrasa», pensaba. Perdida su mirada en el horizonte, no alcanzó a ver a su general hasta que él llamó a su puerta con un par de golpecitos casi inaudibles. «Es él», se dijo mientras su corazón palpitaba a una velocidad vertiginosa. Las manos le temblaban, las piernas casi se negaban a

sostenerla, su cuerpo apenas le respondía.

—Himilce, ¿os encontráis bien? —preguntó Aníbal preocupado.

—Sí, perfectamente —respondió la princesa con voz entrecortada—. Solo necesito aire fresco.

—Pensaba —dijo Aníbal haciéndose el interesante— que quizá os apetezca un paseo por la arena. Podéis descubrir vuestros pies y dejar que las olas los acaricien.

—Como deseéis. No sé…

—Dejaos llevar —la interrumpió—. Confiad en mí. Os sentará bien andar un poco.

A las puertas de las caballerizas, los esperaban sendos corceles, preparados para ser montados por la joven pareja. Aníbal ayudó a subir a Himilce a un hermoso caballo alazán para alzarse después sobre su apreciado caballo negro azabache. Se dirigieron a la apartada cala donde Himilce había mirado a Aníbal como a un hombre por primera vez.

Sentados en la arena, Aníbal comenzó a desprenderse de su calzado y ayudó a su esposa a despojarse de las sandalias. Con los pies desnudos, caminaron sobre la arena ardiente hasta llegar a la orilla del mar. Aníbal cogió a la joven de la mano y la introdujo en las frías aguas hasta que sus pies se encontraron sumergidos. Un paso tras otro, ambos se fueron adentrando hasta que el agua les llegó más arriba de sus cinturas. Himilce parecía asustada. Era la primera vez que se bañaba en el mar y le horrorizaba. No sabía mantenerse a flote. El fornido soldado la cogió entre sus brazos mientras le susurraba al oído:

—No os soltaré. Confiad y dejaos llevar.

Himilce se abandonó y dejó que su marido la mantuviese entre sus brazos, que hicieron de improvisada cuna, balanceándola al mismo son de las olas. Juguetearon en la orilla durante un rato y, exhaustos, se tumbaron en la arena, al sol, el uno al lado del otro. Pegados, piel con piel, lo que hizo estremecerse a Himilce. Mantenía los ojos cerrados. Deseaba que aquella tarde no acabase. Se sentía amada y más viva que nunca. Mientras dejaba volar su imaginación, Aníbal acarició su pelo, todavía mojado, y puso sus labios en los de ella. La besaba a la vez que la acariciaba, hasta que sus besos y sus caricias retornaron a él de las manos y los labios de Himilce. Con el sol descendiendo en el horizonte y el mar reflejando los últimos rayos, se amaron y se entregaron el uno al otro por primera vez.



Capítulo IX
Mientras viva, seré enemigo de Roma

La entrega de Himilce a su amor en la playa fue el comienzo de una nueva vida para ambos. Aníbal, el bravo, el valiente, el Rayo, se transformaba por completo al lado de la princesa de Cástulo. Entre sus hombres corría el rumor de que la alianza con Cástulo había sido todo un éxito y que su general había conseguido tranquilizar a los pueblos íberos.

En Cástulo, Mucro había recibido la noticia de la buena marcha de la relación de su hija con su esposo. Los temores y la intranquilidad sufridos meses atrás dejaron paso a la esperanza. Daba las gracias a Tanit por su protección, por el cuidado de Himilce y de Cástulo. Pronto recibiría el anuncio de que su niña, su princesa, estaba encinta. El don de la fertilidad le había sido concedido.

En su estado, Himilce se sentía más cerca que nunca de aquella madre que la vida le arrebató antes de conocerla. Imaginaba cómo debía sentirse cuando la albergaba en su vientre. «Seguro que madre sentía lo que yo siento ahora», pensó. Y es que no podía ser más feliz. Su corazón pertenecía a su esposo y el suyo le pertenecía a ella. Algo había disuelto las dudas que meses atrás albergaba. Sería capaz de mantener la paz. Sería capaz de todo.

Anat cuidaba de ella como siempre lo había hecho, dejando paso a su esposo cuando este aparecía al final del día. La felicidad se había instalado en el hogar. Sin embargo, conforme pasaban los meses y la figura de la princesa se desdibujaba para dar paso a un abultado abdomen, el miedo se colaba en sus sentimientos para enturbiar su dicha. El temor al parto por si se repetía de nuevo la situación vivida por su madre la mantenía intranquila.

—Estoy asustada, Anat —le confesaba Himilce—. Temo que me pase como a mi madre…

—No pienses en ello. La historia no tiene por qué repetirse. Yo estaré aquí para ayudarte en el alumbramiento. Todo irá bien, ya lo verás.

—Pero, si volviera a pasar, ¿cuidarás de mi hijo?

—Tranquilízate, criatura. No va a pasar nada.

—Prométeme que cuidarás de él o de ella como cuidaste de mí y que crecerá con el amor a Cástulo por encima de todo.

—Lo prometo. Pero lo criarás tú y tú le trasmitirás el amor a nuestro pueblo.

A la princesa le preocupaba que, si ella moría en el parto al igual que su madre, su hijo fuese educado en el odio a Roma. Aunque sabía que Aníbal la amaba, algo dentro de su alma la alertaba de que llegaría el momento en que se tendría que enfrentar a la promesa que un lejano día hiciera su esposo: «Mientras viva, seré enemigo de Roma».

Unos meses más tarde, Himilce dio a luz a un precioso niño de piel tersa y rosada como la suya, y ojos y cabello oscuro como su padre. La princesa lucía exultante. La maternidad, lejos de pasarle factura, la hacía brillar más aún. Aníbal, por su parte, se mostraba orgulloso. ¡Un hijo! ¡Un hijo varón al que poder transmitir todos sus conocimientos, que seguiría sus pasos como él siguió los de su padre!

Los primeros meses de Aspar reclamaban casi toda la atención de Himilce, pero eso no impedía sus encuentros con Aníbal. Aun manteniendo habitaciones separadas, la mayoría de las noches yacían juntos en la de la princesa. La complicidad entre los dos fue aumentando hasta instalarse para siempre en ellos. La joven pareja no podía pedir más a la vida.

Las salidas de su esposo con su ejército, amparadas en la búsqueda de alianzas, no la alejaban de ella. Volvía de gran humor, pletórico. Conforme las ausencias se fueron haciendo más continuas, la princesa se inquietaba; consideraba que la actividad de su esposo no traería nada bueno.

El recelo de Himilce se cimentaba sobre una base sólida. Los tiempos de paz estaban próximos a su fin. Iberia se inquietaba. Algunas ciudades desconfiaban de Cartago. Sus dirigentes se mostraban reticentes a servir a los cartagineses bajo la sospecha de que Roma no sucumbiría jamás y, en ese caso, siempre convenía estar junto al vencedor.

Aníbal parecía desoír los rumores. «¿Quién en su sano juicio daría la espalda a Cartago?», se preguntaba.

Con el mantenimiento de esa idea entre los pueblos, jamás le faltarían provisiones y hombres para sus empresas bélicas. No en vano, en esos años había conseguido someter a los pueblos indígenas de la meseta tras la batalla de Tagus. Su éxito le había proporcionado un gran botín, pero sobre todo prestigio, un prestigio que llegó hasta Cartago, además de extenderse por toda la península.

Pero los rumores no tardaron en confirmarse. Una ciudad del sur del río Iberus, Sagunto, pidió la protección romana, y Roma no dudó en aprovechar la ocasión de mostrar su poderío ante Cartago.

—¡Es intolerable! —gritaba Aníbal sin parar de caminar de un lado a otro, mientras sus hombres lo escuchaban en silencio—. ¡Preparaos! Sagunto va a ser asaltada. No podemos consentir que se alíe con Roma.

El general era consciente de que, consentida una alianza, consentidas todas. Había llegado el momento de enfrentarse a su enemigo, de recuperar el honor perdido, de cumplir su promesa de aniquilar a quien mantenía la hegemonía sobre el mar Mediterráneo.

Los años de calma habían llegado a su fin. Aníbal no lo lamentaba. Su odio a Roma nunca había desaparecido, se había instalado en él y echado raíces. Vivía aletargado, pero vivía.



Capítulo X
No hay perdón para los traidores

Si algo inquietaba a Aníbal era cómo acogería Himilce la noticia. A ella le había prometido mantener la paz, igual que a su padre le prometiera someter a la gran potencia dominante del Mediterráneo.

—Himilce —arrancó Aníbal, arrodillándose ante su esposa, que descansaba frente al balcón de su alcoba—, me temo que debo partir de inmediato con mis hombres hacia Sagunto. La ciudad se ha rebelado y ha pedido el auxilio de Roma.

—¿Qué quiere decir eso, Aníbal? —preguntó contrariada.

—Que debo frenar la sublevación o se sumarán a ella otros pueblos y ciudades. Eso quiere decir, amada mía.

—¿Y qué hay de vuestra promesa de mantener la paz entre nuestros pueblos? —insistió.

—Mantener la paz es lo que me impulsa a ello. No puedo dejar que los romanos vayan tomando ciudades que en su día pactamos que estuviesen en territorio cartaginés. Mi padre se vio obligado a ceder y le costó cara la derrota. ¡Los límites establecidos en el acuerdo deben ser respetados y Roma acaba de saltarse el pacto! —exclamó, visiblemente enfurecido.

—Entiendo lo que decís, esposo mío, pero ¿no sería conveniente agotar la vía de la diplomacia? Reuníos con quien corresponda en Roma, explicad vuestras razones —le sugirió Himilce intentando calmarlo—. Conocida es vuestra capacidad de persuasión y de convencimiento. Os escucharán. Yo sé que os escucharán.

—A vos no puedo negaros nada. Lo sabéis y así lo haré. Intentaré evitar el conflicto. Ahora debo dejaros. Organizaré el encuentro sin dilación —concluyó Aníbal, para besar después a su esposa.

Dos días después, se encontraron cara a cara Aníbal, general de los ejércitos de Cartago, y Cayo Terencio Varrón, embajador especial del Senado romano. Sentados el uno frente al otro con una

mesa de por medio, conversaron.

—Cayo Terencio —saludó Aníbal con tono airado—, Roma ha faltado a su palabra de respetar los límites territoriales acordados con Cartago. Os damos la oportunidad de reparar vuestra ofensa.

—¡Sagunto es ahora ciudad de Roma! —respondió el embajador con contundencia.

—Si mantenéis esa posición, nos veremos obligados a asaltar Sagunto y castigar su desobediencia.

—Eso no está en nuestra mano, Aníbal —contestó, categórico—. Roma protegerá a sus pueblos, incluido Sagunto.

—Tengo una pregunta para vos, Cayo. ¿Qué haríais en mi lugar? Conocéis bien los términos de los acuerdos entre Cartago y Roma. En estos años, Cartago ha respetado las fronteras. ¿Cómo interpretaría Roma que Cartago se aliara con ciudades del norte del río Iberus?

El embajador del Senado se levantó, apoyó las dos manos sobre la mesa y sentenció, furioso:

—Que Cartago decida si declara o no la guerra a Roma.

Y, dando la espalda a Aníbal, abandonó la estancia.

Aquella era, precisamente, la respuesta que esperaba Aníbal. El ataque a Sagunto se ejecutaría de inmediato. La hora de su venganza había llegado, para eso había nacido, para ello se había preparado.

—¡Hombres fieles a Cartago! —vociferó el general dirigiéndose a sus soldados—. ¡Ataquemos Sagunto! ¡Saquead la ciudad, quemadla, arrasadla! ¡Sometedla al poder cartaginés! ¡Su traición no puede quedar sin castigo! ¡Hagámoslo pronto!

—Hermano —llamó su atención Magón—, ¿sabes lo que supondrá entrar en guerra con Roma?

—Lo sé. Mi idea es llevar la guerra hasta allí, que nuestras tierras no se vean comprometidas y, para ello, comprenderás que no puedo dejar a ningún enemigo a mis espaldas. Sagunto lo es.

—¿Para cuándo tienes pensado el ataque? —quiso saber Asdrúbal.

—La próxima primavera. ¡Ocupaos ambos de ello! Buscad mercenarios, animales, víveres…

—Descuida. Déjalo de mi cuenta, hermano.

—Que Magón se encargue de los elefantes.

Ese era su proyecto, el que no había olvidado, para lo que había nacido. Cartago recuperaría la hegemonía del Mediterráneo y Roma caería rendida a sus pies. Su padre sería vengado; y su promesa, cumplida. La promesa hecha a su esposa se desvanecía.

Aníbal se preguntaba cómo afrontar el asunto ante ella. Sabía cuánto la entristecería su decisión de atacar Sagunto. Su corazón latía inquieto, temeroso del rechazo de Himilce, un corazón inquieto y dividido. No había marcha atrás. Ahora debía lidiar con la oposición de su amada.

Caminó por su alcoba de un lado a otro durante una hora hasta decidirse a llamar a la puerta de Himilce. Ella, percatada de su retraso, no albergaba duda sobre lo que estaba por venir.

Lo recibió cautelosa y lo dejó hablar.

—Mi princesa —le dijo mientras le besaba la mano—, mi obligación para con mi pueblo requiere que asalte Sagunto, que acalle su sublevación. Lo entendéis, ¿verdad? Sabéis que lo he intentado, el cielo lo sabe.

—Entiendo que habéis elegido, esposo mío —respondió fría.

—Necesito que lo comprendáis —rogó—. Os necesito esta noche. Dadme aliento, os lo suplico.

—Mi corazón os pertenece, Aníbal, eso no puedo negarlo. Otra cosa es que os aliente en vuestra locura de iniciar una guerra contra Roma.

—Dejadme al menos quedarme a vuestro lado —pidió.

Himilce inclinó la cabeza en señal de aceptación y se recostó en su lecho, dejó espacio a Aníbal. La noche transcurrió pesada, enrarecida; los dos cuerpos uno al lado del otro sin apenas rozarse.

Con la primera luz de la mañana, Aníbal se incorporó en silencio por miedo a despertar a Himilce, se vistió con su uniforme y dio un beso a su esposa mientras le acariciaba el pelo. Había llegado la hora. Esperaba cambiar las cosas con su amada al volver victorioso de su cruzada.

El ejército de Aníbal lo esperaba. Con los primeros rayos de sol, se pusieron en marcha. El general presidía a sus hombres mostrando bravura y confianza, sentimientos que rebosaban por todos los poros de su bronceada piel hasta alcanzar la piel de sus soldados, contagiándolos, hasta sentirse como uno solo. Con el espíritu de los vencedores, enfilaron sus pasos y los cascos de sus caballos hacia Sagunto.

Los ciudadanos de Sagunto, al verlos llegar, adivinaron su suerte. No había marcha atrás. Los romanos no acudieron en su auxilio. Nada ni nadie podría evitar el ataque enfurecido del general Rayo.

—¡Que no quede nada por destruir! —vociferaba Aníbal—. ¡No habrá perdón para los traidores! —continuaba cada vez más enaltecido.

Los soldados siguieron la voz de Aníbal uniendo a ella sus propias voces. No hubo piedad para hombres, mujeres ni niños. Las armas volaban de un lado a otro en las manos de los soldados, sin discriminar, hiriendo y segando vidas. Los cuerpos exánimes de los que, en su día, dieron la espalda a Cartago se amontonaban en las empedradas calles de la ciudad. El asalto fue brutal y la ciudad quedó arrasada. Con ello, Aníbal consiguió su objetivo de provocar a su enemigo. La guerra sería inevitable. La rueda había comenzado a girar.

El ejército de Aníbal regresó triunfante y fue recibido entre vítores de sus conciudadanos. Himilce, sin embargo, acogió la victoria de Aníbal con recelo. Algo en su interior la puso en alerta de un peligro inminente. El sentimiento de venganza de su esposo, adormecido durante los tres últimos años, había aflorado y se mostraba imparable. Un sentimiento de fracaso que pesaba como una losa la invadió y le impedía respirar con normalidad, la debilitaba y la entristecía.

Aquel otoño del año 219 a. C., después del asalto de Sagunto, los romanos exigieron al consejo de Cartago la entrega del general Aníbal Barca para ser juzgado por la autoridad romana. La ofensa a Roma tenía un precio: la cabeza del enemigo más temido por los romanos.

—¡Jamás! —respondió el portavoz del consejo—. Sagunto no os pertenece. Sagunto es ciudad de Cartago y es a Cartago a quien corresponde decidir el castigo por su sublevación. Nada de lo acontecido es asunto vuestro —zanjó el portavoz.

Entre los miembros del consejo, Hannón, apodado el Grande, enemigo político de Aníbal, reclamaba ante el mismo su entrega.

—La arrogancia y prepotencia del general que dirige nuestros ejércitos no traerán más que desdichas a Cartago —se lamentaba—. Acabemos con esto de una vez. Solicito la entrega de Aníbal a la autoridad romana.

—¡Eso que decís, Hannón, no está sujeto a debate! —le respondió uno de los ancianos del

consejo, con toda la autoridad que le daba su cargo.

A su voz se unieron el resto de los presentes acallando la propuesta de Hannón. Cartago estaba del lado de Aníbal. El odio de Hannón se alimentó con el rechazo de su propuesta. No dejaría pasar tal espaldarazo.

En cuanto a la guerra con Roma, la suerte estaba echada.



Capítulo XI
Habéis elegido la guerra

En Qart Hadasht, la que sería llamada por los romanos Cartago Nova, Aníbal preparaba a su ejército como respuesta a la declaración de guerra de Roma. Al frente de su infantería, se encontraba su hermano Magón, fiel seguidor de Aníbal. El más joven de los hermanos Barca se encargaría de dirigir a las tropas que avanzarían a pie. En pocos días se había logrado reunir a soldados de diferentes credos y razas, tanto de África como de Iberia, todos con un objetivo común: vencer a Roma. En total, Magón contaba con más de 40 000 hombres.

El encargado de la caballería sería el comandante Maharbal, amigo fiel y principal asesor de Aníbal. Él mismo se haría cargo de sus 8000 hombres entrenados en el arte de la guerra y acostumbrados a galopar en cualquier circunstancia. A ellos se unirían treinta y siete elefantes sanos y fuertes.

El general reunió a sus comandantes para exponer su brillante estrategia.

—Conocemos los planes del enemigo: Roma pretende mandar dos milicias a Sicilia para, desde allí, dirigirse hasta Cartago, y dos milicias al sur de la Galia pretenden entrar en Iberia.

»Nosotros llevaremos la guerra a la península itálica, así evitaremos la devastación de nuestras ciudades —comenzó alzando la voz para que pudieran oírlo también los soldados—. Sabemos que no podemos hacerlo por mar, los romanos controlan la costa y opondrían resistencia.

—¿Y cómo pretendes que lleguemos a Roma? —preguntó impaciente su hermano Asdrúbal.

—¡Lo haremos por tierra! —exclamó con contundencia—. Atravesaremos Iberia, la Galia, hasta llegar a las montañas.

—¡Eso es una locura, hermano! —gritó Asdrúbal—. Alcanzar la Galia puede tomar semanas de larga y penosa travesía.

—Lo sé, Asdrúbal, y por eso mismo los romanos no nos esperarán. No lo sabrán hasta que nos tengan encima.

Aníbal, como buen estratega, se había situado en la posición de su enemigo. Jamás pensarían que los cartagineses serían capaces de tal hazaña. Su enemigo atacaría desde el mar e intentaría, en primer lugar, llegar hasta Cartago pensando que el ejército cartaginés se encontraría allí para defenderla. Mientras el ejército romano intentara llegar a Cartago, Aníbal y sus hombres se harían con los enclaves romanos que encontrasen a su paso para, finalmente, someter a la mismísima Roma.

Su plan era increíblemente ambicioso y descabellado, pero brillante. Cruzarían los Alpes y, en el camino, sumarían hombres a su ejército entre aquellos que no fueran leales a Roma.

Tanto Asdrúbal como Maharbal intentaron, sin éxito, disuadir a Aníbal.

—¡Tienes 50 000 almas a tu cargo! —le reprochó Asdrúbal—. Los vas a conducir a una muerte segura.

—Habrá bajas, lo sé —le respondió—. Pero es el precio que hay que pagar si queremos vencer y recuperar el honor perdido.

—Hablas de vencer, en tus planes nunca tiene cabida la derrota, pero ¿has pensado que todos los ejércitos son vencidos una primera vez? ¿Has pensado en las frías jornadas que habrá que soportar a través de las montañas? No solo podemos ser vencidos por el enemigo, Aníbal. Sigo sin verlo. ¿Trasladamos la guerra a la península itálica y abandonamos Iberia a su suerte? ¿Y si las legiones romanas finalmente atacan desde el norte?

—Entiendo tus miedos, hermano. Y debo decirte que también he pensado en eso. No vendrás conmigo esta vez. Te necesito aquí. Confío en ti para que defiendas nuestras ciudades mientras yo estoy fuera. ¿Quién mejor que Asdrúbal, comandante de las provincias íberas?

Por su parte, Maharbal, aun considerándolo una temeridad, creía ciegamente en su general. Sabía que, si alguien podía conseguirlo, era él, por lo que le manifestó su decisión de seguirlo sin reservas.

Ya solo quedaba poner todo aquello en conocimiento de su esposa Himilce.

La princesa esperaba intranquila su aparición. Al verlo entrar en la habitación, supo enseguida lo que venía a decirle.

—Habéis elegido la guerra —le reprochó Himilce con sus ojos barnizados por las lágrimas.

—Debéis entenderlo —le rogó Aníbal mientras se acercaba a ella—. Los romanos son los que han declarado la guerra a Cartago.

—Porque vos, esposo mío, atacasteis Sagunto —le reprochó.

—¡Ataqué Sagunto porque no tuve otra salida! —se defendió.

—Sabéis tan bien como yo que eso ha sido una excusa. Teníais dos promesas que cumplir, una a vuestro padre y otra a vuestra esposa. Y… habéis elegido.

—Eso no es cierto. Sois consciente de que os quiero, que jamás os pondría en peligro, ni a vos ni a vuestro pueblo.

—Ahora dudo si os casasteis conmigo por mí o por Iberia.

—Vuestras palabras se clavan en mi corazón como lanzas afiladas —le respondió mientras le cogía las manos—. Que no os albergue duda alguna de que os amo desde el momento mismo que os vi en el templo de Auringis.

—Pues llevadme con vos —le rogó.

—No puedo, Himilce. Si algo os pasara, jamás me lo perdonaría.

—Pero una mujer debe estar con su esposo. ¿Con quién mejor que con vos podré sentirme a salvo?

—Si os llevara conmigo, seríais un objetivo fácil para el enemigo. No puedo dejaros

acompañarme. Estaréis más segura en Cartago. Asdrúbal os llevará hasta allí. Él protegerá Iberia mientras yo estoy fuera.

—¡Yo no me casé con Asdrúbal! —le rebatió mientras apartaba sus manos de las de él.

—Sé que ahora estáis contrariada, mi amor, mi princesa, pero os prometo que, dentro de un año, a más tardar, celebraremos mi victoria. Entraré triunfante sobre mi caballo y os colmaré de besos. Desde ese momento, no nos separaremos más.

—¿Habéis pensado en que quizá no volváis? Temo que algo malo pueda pasaros.

—Tranquila. Soy Aníbal, el que goza del favor de los dioses, protegido de Baal. Nada malo va a pasarme.

Himilce siguió insistiendo a su esposo durante unos minutos más para que la dejara acompañarle, pero Aníbal no cedía. Estaba decidido.

—No entiendo vuestro rechazo. Muchas mujeres de soldados os acompañan.

—¡Esta vez no! —alzó la voz—. Esta campaña no es para mujeres ni para niños! ¡Vuestro sitio está con nuestro hijo! No hay más que hablar —sentenció.

—No me hagáis creer que es por nuestra seguridad, mi condición de mujer no lleva aparejada la ignorancia. Ahora se confirma mi presentimiento cuando os conocí: vuestro interés por mí no va más allá de Qart Hadasht y llevar a cabo, con nuestra ayuda, vuestra venganza. Me juzgáis por mi sexo y no por la fuerza del amor que os profeso.

—Sois injusta conmigo. Ya sabíais que soy un guerrero, eso significa campañas, ausencias y guerras, pero volveré. No os defraudaré.

—¿A mí me impides acompañarte, olvidando que mi vida depende de la tuya? ¿En tan poco estimaré el matrimonio y la cesión de mi virginidad, como para fallarte en subir contigo montañas? Ten confianza en la fuerza de una mujer. Ninguna fatiga puede doblegar a un amor honesto. Pero si solo soy juzgada por mi sexo y has resuelto abandonarme, me avengo y no impongo demora al destino. Que la divinidad te proteja: marcha en buena hora, marcha con el favor de los dioses y con mis buenos deseos y, en medio de los combates y en el ardor de la batalla, no olvides a la esposa y al hijo que has dejado atrás[9].

—Esto será lo que haremos: os acompañaré a Gades; allí, un barco os llevará a Cartago, donde permaneceréis hasta mi regreso. El tema está zanjado, y creedme que lo hago por amor, por nosotros.

En pocos días se realizaron los preparativos para el viaje a Gades. Himilce se sumió en un silencio impenetrable ante la desesperación del cartaginés y la mirada lejana de Anat, que asistía como testigo mudo a la inquietud de su niña.

En Gades, los esposos visitaron el santuario de Melkart. Presentaron ante él a Aspar y pidieron la protección de los dioses. Los cónyuges no cruzaron ni una sola palabra.

A la hora de su partida, Aníbal abrazó a su hijo.

—¡Hijo mío, esperanza de la altiva Cartago y terror imponente de los Eneadas, te pido que superes la gloria de tu padre y consigas gran renombre con tus hazañas, hasta que sobrepujes como guerrero a tu propio abuelo! Trastornada de miedo, Roma cuenta ya tus años, años que harán llorar a muchas madres. Si las predicciones de mi corazón no me engañan, contigo crece una tremenda calamidad para la tierra.

»Puedo reconocer en el tuyo el rostro de mi padre, sus ojos amenazadores bajo la torva frente, su voz poderosa y los primeros indicios de una cólera idéntica a la mía. Si, por casualidad, alguno de los dioses pusiera fin a mis grandes proezas e interrumpiera mi incipiente carrera con la muerte, lucha, esposa mía, por conservar a este niño como garante de la guerra.

Y, cuando pueda hablar, guíalo como a mí me guiaron en mi infancia[10].

—¿Y vos me pedís que alimente en mi hijo el odio a Roma, odio que ha conseguido separarnos? Comprended, amor mío, que no pueda complaceros en eso. Mis oraciones os acompañarán en vuestra empresa, mi corazón os pertenecerá siempre, pero, por Tanit, no me hagáis partícipe de vuestra locura. Ni a mí ni a vuestro hijo.

—¡Sois mi familia! ¡Al igual que mi ejército, estáis bajo mi mando! ¡No podéis negarme eso! ¡Aspar ha nacido para sucederme! Es la voluntad de Baal.

—Vuestras palabras atraviesan mi corazón. En ellas reconozco mi fracaso. No he sabido conquistaros. He fallado como mujer y como princesa de Cástulo. ¡No voy a fallar como madre!

Himilce reprimió los siguientes pensamientos que luchaban por salir a través de las palabras. Se sintió abandonada. Anat sufría a la par de su princesa. Nada podía hacer ella. El destino estaba escrito en las estrellas y solo quedaba aceptarlo. ¿Qué más les tendría preparado?

Aníbal tomó aire; su instinto le aconsejaba retirada. Dio un beso en la frente a la princesa y emprendió su camino. Asdrúbal los protegería hasta su regreso.

—Un año; dadme un año, y volveré a vuestro lado.

Dos días más tarde, Aníbal montó en su caballo; se situó al frente de su ejército dispuesto a recuperar el honor de Cartago y regresar cuanto antes a los brazos de Himilce.

Ninguno de los dos sabía si se volverían a encontrar. Ni uno ni otro sospechaban lo que el destino les tenía preparado.



Capítulo XII
Estamos perdiendo hombres

En Roma, los cónsules terminaban de perfilar su estrategia. La intención que primaba era llevar la guerra a África y a Iberia, tal y como vaticinó Aníbal. Dos milicias romanas se repartirían para combatir a los cartagineses. El ataque a Cartago se prepararía desde Sicilia, mientras que otro cónsul, Publio Cornelio Escipión, se dirigiría al encuentro de los hermanos Barca en Iberia. Se dirigiría al sur de la Galia para, desde allí, entrar en Hispania. Aníbal conocía bien a su enemigo, lo consideraba predecible y eso le ofrecía una clara ventaja.

El general cartaginés y su ejército se dirigían al norte. Las primeras jornadas del viaje transcurrieron sin incidencias reseñables. Las tribus asentadas en Hispania eran leales a Cartago. Durante su paso por las ciudades, Aníbal enriquecía su ejército con nuevos soldados que se unían a su paso. La suerte cambiaría al acercarse al norte del río Iberus, límite marcado por el tratado firmado por Amílcar y Roma. Aquellas tierras estaban dominadas por celtíberos salvajes, en opinión del general. No eran partidarios de Roma, pero tampoco de Cartago. Todo dependía de su capacidad para ponerlos de su parte. Para ello llevaban plata y riquezas.

Al entrar en territorio desconocido, los hombres andaban nerviosos y preocupados. Algunos de ellos desertaron amparados por la oscuridad de las noches del cercano invierno.

—Hermano, estamos perdiendo hombres —informó Magón a Aníbal—. Avanzamos hacia tierra hostil. Temen a las tribus desconocidas y a las bajas temperaturas. Debemos hacer algo.

Aníbal, que se encontraba recostado tras la larga caminata del día, miró a su hermano Magón. Era consciente de que tenía razón. Se levantó de manera ceremoniosa, pensaba lo que iba a decir en los siguientes minutos y llamó:

—¡Hombres de Aníbal, acercaos! —vociferó hasta alcanzar los oídos de todos y cada uno de los hombres bajo su mando.

Los que se encontraban apartados se aproximaron para oír lo que Aníbal tenía que decirles.

—¡No hemos llegado hasta aquí para retroceder ahora! —gritaba con autoridad—. ¡No

somos unos cobardes! ¡Somos superiores en número, valerosos…, somos cartagineses! Os aseguro que atravesaremos las montañas. Proezas más grandes se han visto. ¡Y oíd! —seguía vociferando, mirando a los ojos de los soldados—. ¡O estáis conmigo o estáis contra mí y contra Cartago! Aquel que ose desertar, sirviéndose del amparo de la noche para ello, será castigado ¡a espada!

El general sabía que les estaba pidiendo a sus hombres todo. Era conocedor de que muchos de ellos no regresarían, morirían a manos de sus enemigos en batalla, o perecerían en la travesía a manos de la inclemente naturaleza. Pero también tenía claro que, si alguien era capaz de atravesar los Alpes, ese era él. Si alguien era capaz de motivar a su ejército, era él; y, si a alguien siguiesen sus hombres hasta el infierno, sería a él.

Acto seguido, se recostó en el mismo lugar que lo había acogido minutos antes y evadió su mente en busca de su amada Himilce, dibujando su imagen tal y como la recordaba, tal y como la había guardado con mimo en su memoria. Una sonrisa se dibujó en su cara sin pedir permiso, borrando la intensidad de los momentos vividos segundos atrás.

Pasaron la noche en el campamento improvisado para descansar antes de abandonar las tierras del sur del Iberus. Aníbal mandó a Magón y a Maharbal a negociar con los celtíberos. Les ofrecieron riquezas y monedas en compensación por la ayuda de atravesar el norte de Iberia hasta alcanzar los Alpes, ofrecimiento que no rechazaron.

Con los celtíberos de su lado, el ejército de Aníbal reanudó su camino. Con lo que no contó el astuto general fue con la traición de sus comprados aliados. Al atravesar el río, Aníbal y sus hombres cayeron en una emboscada que mermó su ejército en una cantidad apreciable de almas. Finalmente, la superioridad del ejército de Aníbal se impuso sobre los traidores. De la cruenta batalla, el general recopiló un buen ramillete de prisioneros que les sirvieron de guías a cambio de mantenerlos con vida.

***

En Cartago, Himilce y el pequeño Aspar pasaban los días sin noticias de Aníbal. Asdrúbal se ocupaba de ellos y hacía lo posible por reconfortarlos y hacer agradable su estancia. La princesa se ahogaba en aquella tierra desconocida y alejada de todo lo que amaba.

—Asdrúbal —llamó—, llevamos meses en Cartago. Nada sé de mi esposo y su campaña. Nada hacemos mi hijo y yo en este lugar.

—Ahora este lugar es vuestro hogar. Aquí estaréis a salvo mientras Aníbal regresa —la tranquilizó.

—No lo siento como un hogar, sino como una prisión —confesó—. Somos extraños en tierra extraña. Me gustaría volver a Cástulo. Mi padre me protegerá.

—Si conocéis a mi hermano, sabéis que no puedo consentir vuestra partida.

—Os lo ruego, Asdrúbal —suplicó—. Consentid nuestra marcha. De esa manera, también quedaréis liberado.

—No me pidáis un imposible, Himilce. Di mi palabra a Aníbal de protegeros y no faltaré a ella.

La princesa comprendió que sus súplicas resultaban inútiles. La influencia que Aníbal ejercía sobre sus hermanos era inquebrantable. Sus lágrimas perdían poder frente a una orden de su esposo. Su único consuelo era Aspar, que crecía alejado de guerras y odios. Aquello era lo único que podía agradecer a los dioses.



Capítulo XIII
Avanzar o morir

El ejército de Aníbal se disponía a emprender la empresa que, para muchos de entre sus filas, no dejaba de ser una locura. A pesar de ello, el liderazgo del general era indiscutible, sus soldados lo seguirían hasta la muerte.

El tiempo apremiaba. Ya habían perdido bastante con la emboscada de los que consideraban sus aliados. Al llegar al valle del Ródano, el otoño los sorprendió. El temor de adentrarse en las montañas y que llegara el invierno se hacía patente cada minuto que pasaba. A su favor, la idea de que sus enemigos no se esperaban tal hazaña, le garantizaba el éxito. La Col de la Travessette fue el paso escogido.

Los soldados encargados de informar a su líder llegaron con la noticia de que los romanos habían llegado a Marsella en busca de víveres y aprovisionamiento para su viaje a Iberia. Tan solo tres jornadas los separaban.

Maharbal y Aníbal discutían qué hacer.

—Aníbal —llamó la atención Maharbal—, esta es nuestra oportunidad, vayamos a su encuentro, ¡ataquemos! Los cogeremos por sorpresa y evitaremos, de esta manera, atravesar las montañas.

—Mi fiel general, constato que, al igual que Asdrúbal, dudáis de mi decisión de atravesar los Alpes; no os culpo, aunque me extraña de vos, mi más leal compañero. ¿Acaso estos años a mi lado no os han disipado cualquier duda sobre mi coraje y mi empeño en conseguir lo que me propongo?

—Confío en vos y lo sabéis. Os seguiré hasta dar mi vida si eso fuera necesario, pero los hombres… no están preparados para afrontar un invierno en tan adversas condiciones climatológicas. Aunque ya sabéis que os seguirán. No me cabe duda.

—Seguiremos el plan trazado: ¡los atacaremos en territorio romano! ¡Cruzaremos los Alpes y demostraremos al mundo de lo que somos capaces los cartagineses! No hay ejército que nos

frene ni montañas que se nos resistan.

Maharbal asintió para dar por zanjada la discusión. Ni él ni nadie le harían cambiar de opinión.

En Roma se imponía la necesidad de frenar su avance. Se daba por hecho que Aníbal no cometería la imprudencia de adentrarse por tierra, máxime cuando el invierno se acariciaba y, con él, la amenaza de acabar con cualquier insensato que se atreviera a desafiar el clima hostil que los esperaba en las montañas.

El cónsul Publio Cornelio Escipión, al mando de dos legiones romanas, tal y como había sido informado Aníbal, se hallaba en Marsella cuando recibió la noticia de que el cartaginés había establecido su campamento en el valle del Ródano. Con él se encontraba su joven hijo, de igual nombre y que la historia apodaría como el Africano, que se preguntaba si Aníbal se planteaba atravesar los Alpes y llegar a la península itálica por tierra.

—¡Es una hazaña imposible! —opinó su padre, el cónsul—. No lo creo, ¿quién estaría tan loco como para acometer tal desafío?

El joven Escipión insistía.

—Deberíamos salir a su encuentro, padre.

Mientras se adoptaba la decisión de atajarlos o seguir con el viaje a Iberia, Aníbal avanzaba, sin descanso, por las montañas alpinas. No había marcha atrás. Estaba dispuesto a enfrentarse a las fuerzas indómitas de la naturaleza y llevar a sus hombres al extremo.

—¡Avanzad o morid! —grabó el general a fuego en los cerebros de sus soldados.

Los romanos decidieron abandonar de momento su viaje a Iberia y perseguir a Aníbal y alcanzarlo antes de que se adentrara en los Alpes. Tres días después, encontraron desierto el campamento de Aníbal. Habían llegado tarde.

—¿Hacia dónde han ido? —preguntó Escipión a la guardia avanzada encargada de informar sobre la situación del enemigo.

—Hacia las montañas.

—¡Lo he subestimado! —se lamentó el cónsul—. ¡Es imposible!

—Padre, ¿todavía no veis que ese hombre es capaz de hacerlo?

—No lo creo, no, pero de una cosa estoy bien seguro: ¡si lo consigue, yo estaré esperándolo! ¡No dejaré que se acerque a nuestro territorio! Ahora, ¡volvamos a Roma!, el Senado debe concederme más hombres.

Conforme avanzaban las tropas del Rayo, los soldados, a causa de la debilidad por la falta de alimento y las inclemencias del clima, perecían en cascada. Los días no se distinguían de las noches. No podían permitirse descansar o morirían congelados. Cuando al fin llegaron a la cima, el paso que tanto anhelaban alcanzar, se les presentó inaccesible: las rocas, unas sobre otras, se alzaban ante ellos, majestuosas, imponentes, desafiantes. Hasta allí habían llegado.

—¡Nos habéis conducido hasta la muerte! —se escuchó decir entre los agotados soldados.

Aníbal se volvió hacia sus gentes.

—¿Acaso no sabéis por qué luchamos?; ¿el porqué de avanzar hacia Roma por tierra? ¡No nos esperan! ¡Jamás pensarán que lograremos llegar, y eso, amigos míos, es nuestra ventaja! Y ahora yo os digo: ¿no os creéis capaces de lograrlo? ¡Os aseguro que sí! Por nuestro honor, por nuestra libertad, por Cartago! ¿O queréis dar marcha atrás como cobardes? Recordad: ¡avanzad o morid!

Las palabras del general infundieron fuerzas a la soldadesca que tan a punto estaba de desfallecer.

—¡Traed el vino y leña, mucha leña! —ordenó.

Los hombres obedecieron sin preguntar. Si el general lo ordenaba, seguro que algo había rumiado para sacarlos de aquella trampa que se revelaba como mortal.

Encendieron hogueras sobre las rocas heladas y, sobre el fuego, esparcieron el vino. Tocaba esperar. En escasos minutos, la reacción química hizo su efecto resquebrajando las rocas que se desmoronaron para dejar abierto el paso.

Quince días con sus noches les costó atravesar los Alpes, siete meses desde que dejaron el calor de sus hogares en Qart Hadasht. A ello se unió la pérdida de más de la mitad de los hombres, caballos y paquidermos. Tan solo un elefante, al que había bautizado con el nombre de Suros, consiguió pasar. Sobre él montaba Aníbal, triunfador, poderoso.

Para el general, el precio pagado había merecido la pena. El ejército cartaginés se encontraba a las puertas de Italia. Se sentía imparable. Acamparon a la orilla del río Po. Exhaustos, les quedaba por delante el enfrentamiento con la todopoderosa Roma.

La primera decisión del general fue la de buscar aliados entre las tribus del norte de la península itálica, tribus que compartían con él su odio hacia los romanos. Les pidieron alimentos y ayuda a cambio de libertad y venganza. No tardaron en conseguir aliados. Era el comienzo. Los dioses estaban de su lado.

***

Escipión se preocupaba de estar informado en todo momento de los movimientos de su rival. Decidió salir al encuentro de su enemigo. Para ello contaba con 2500 jinetes y 1000 vélites[11]. Pero los romanos no eran los únicos que conocían la posición del contrario. Aníbal también era conocedor de las intenciones de Escipión.

—¡El enemigo no se esperará que salgamos a su encuentro! ¡Avancemos! ¡Comienza nuestra venganza! ¡Roma será nuestra!

»Esta será nuestra estrategia: ¡caballería al centro, númidas a los flancos! Dejad que los romanos se acerquen, que confíen en que vencen. ¡Aguantad! Y, cuando se enfrenten a nuestros jinetes, ¡separad los flancos, rodeadlos y… aniquiladlos!

Ejército frente a ejército, comenzó la batalla. Los romanos dejaron en la retaguardia al joven Escipión, de tan solo diecisiete años e hijo del cónsul Publio Cornelio Escipión, líder de las legiones que se enfrentarían al primogénito de los Barca. Desde su posición, observaba absorto la maniobra de Aníbal. Se le antojó brillante. Mientras analizaba el transcurso de la contienda, sus ojos se clavaron en una imagen que lo sacudió de su ensimismamiento. Su padre yacía herido y rodeado. No pudo más que contravenir sus órdenes directas. Con los treinta jinetes con los que contaba, cabalgó en su ayuda. Con dificultad, consiguieron abrirse paso y llegar hasta él. El rescate fue un éxito. A pesar de ello, Aníbal había vencido. Escipión no pudo hacer otra cosa que ordenar retirada. La victoria inapelable en Tesino consolidaba al general cartaginés como vencedor en su sueño de someter a Roma. Cada vez más tribus del norte se unían a los cartagineses. Mientras, en Roma, se mandaba llamar al ejército asentado en Sicilia. Necesitaban reforzar las defensas del cónsul Escipión.

Aníbal atravesó el río Po. Dos días después de la batalla, acamparon junto a Placentia. El avance parecía imparable.

—Magón —ordenó Aníbal—, que un mensajero lleve noticias de nuestras victorias a Cartago. Que informen al Consejo y a mi esposa. Que Asdrúbal se mantenga en su posición. Si

todo va como hasta ahora, en un año volveremos como dominadores del Mediterráneo y la promesa que hice a nuestro padre se habrá cumplido.

—Así se hará, hermano —asintió—. Que los dioses os oigan y así sea. Que pronto vuelvas a abrazar a tu esposa. Veo el mismo brillo en tus ojos que descubrí en el santuario de Auringis cuando la viste por primera vez. El brillo de un hombre enamorado.

—Enamorado y apenado por estar separado de ella, pero las estrellas mandan, los dioses han hablado. Esto es lo que se espera de mí. He nacido para ser el enemigo de Roma.



Capítulo XIV
Hacedle llegar a Aníbal mi deseo

En Cartago, las noticias llegaban con limitaciones y muy de tarde en tarde. La animadversión que Hannón sentía por Aníbal se iba acrecentando. Lo aborrecía casi tanto como este odiaba a los romanos y aprovechaba cualquier oportunidad para ponerlo en entredicho. En una de las sesiones del consejo, aprovechó la euforia para proponer el sacrificio de Aspar a los dioses. Abogaba por complacerlos y garantizar así el éxito de la campaña. Anat, que estaba al tanto de todo lo que sucedía entre muros gracias a su relación con las sirvientas, acudió en busca de Himilce para ponerla sobre aviso. Reunido el consejo, la princesa de Cástulo irrumpió sin solicitar audiencia. Encaminó sus pasos hacia el centro para colocarse a la vista de todos.

—¡Jamás conseguiréis que os permita sacrificar a mi hijo! ¿Acaso no os apiadáis de una mujer sola e indefensa? ¿Acaso queréis matar al hijo del que da la vida por vosotros y vuestro pueblo? ¡Os ruego que atendáis mis súplicas!, que desoigáis la petición de Hannón, por todos es conocida la inquina que le profesa a vuestro general. ¿Es ese el pago por llevar a Cartago a la gloria?

Asdrúbal, que se encontraba en Cartago para recibir órdenes del consejo e informar de los progresos de su hermano, acudió en su auxilio.

—Nada de eso será necesario. Tenemos noticias. Aníbal ha atravesado los Alpes y llegado a la península itálica. Aunque ha habido mermas, se le han unido tribus encontradas a su paso y que han reconocido en el general la oportunidad de librarse de los abusos de Roma.

Las noticias aportadas por Asdrúbal sobre los triunfos de Aníbal en la península itálica acallaron las voces contrarias al general y evitaron el sacrificio de su sobrino.

Himilce abandonó el consejo acompañada por su cuñado.

—Tranquila, no permitiré que nada malo os pase.

—¿Cómo está mi esposo? —preguntó con ansiedad.

—Cansado pero bien, no debéis preocuparos.

—¿Es cierto que ha conseguido atravesar las montañas?

—Tan cierto como que estamos aquí. Ha perdido a muchos hombres, como era de esperar. ¿Qué guerra no conlleva pérdidas?

—Temo, Asdrúbal, que eso no sea lo único que pierda en la contienda. Cuando duermo, unas voces acuden a entorpecer mi descanso. Me advierten del peligro que corre. Me avisan de que jamás volverá a mi lado.

—No temáis, son solo ensoñaciones fruto de la preocupación. Volverá a vuestro lado, creedme; lo conseguirá.

—Que los dioses os escuchen. —Elevó los brazos al cielo—. De todas formas, insisto en que Aspar y yo deberíamos esperarlo en Cástulo. Aquí no estamos seguros.

—Sabéis que no puedo llevaros. Aquí tengo hombres de confianza que velarán por vuestra seguridad y la de vuestro hijo. En Cástulo nada puedo hacer si los enemigos de Cartago consiguen hacerse con la familia de Aníbal. Sois una innegable moneda de cambio.

—Al menos hacedle llegar a Aníbal mi deseo.

—Así lo haré.

—Decidle también que mi corazón arde cuando pienso en tenerlo entre mis brazos, que se mantenga con vida, que regrese a mí.

—Estoy seguro de que el sentimiento es mutuo. Descansad, princesa. Pronto acabará todo.

Himilce se impacientaba. No quería permanecer entre aquellos muros un solo día más. Casi había perdido a su hijo por una maniobra de Hannón, ¿hasta cuándo podría retenerlo? Decidió no esperar.

—Anat —acudió a ella la princesa—, necesito que mandes un mensaje a mi padre. Tenemos que salir de aquí. Sabes el odio que Hannón siente por mi esposo. Hemos podido frenarlo en esta ocasión, pero no me fío de él. Va ganando adeptos. Con Asdrúbal no podemos contar, jamás desobedecerá a su hermano. Estamos solas, Anat.

—Mañana sale un barco con soldados hacia Gades. He oído que entre los aliados de Cartago hay descontento. Mandan soldados para acallar las insurrecciones. Algunos pueblos se están posicionando al lado de Roma. También ha llegado a mis oídos que Mucro lo considera una opción. Mandaré tu mensaje, pero, si este fuese el final de la alianza, princesa, ¿en qué lugar quieres estar?

—Ahora no puedo pensar, Anat. Necesito salir de aquí, de la influencia de Cartago. Mi corazón está dividido entre el amor de mi vida y el amor a mi pueblo. Pesa sobre mí la losa de no haber podido retener a Aníbal, de no haber podido evitar la guerra con Roma.

—No es culpa tuya, mi niña, sabíamos con quién contraías matrimonio: un guerrero, alguien que se nutre de la batalla alentado por una promesa de recuperar el honor de Cartago, y quizá lo consiga.

—En mis sueños no es así como regresa Aníbal.

—Los sueños son solo eso, sueños. Por lo que he oído, está casi a las puertas de Roma.

—Ay, Anat, a las puertas de Roma no es en Roma.



Capítulo XV
Haremos lo que sea necesario para vencer a ese bárbaro

Los romanos acamparon en la orilla oriental del río Trebia, afluente del Po. La derrota sufrida en Tesino los había debilitado.

El cónsul Tiberio Sempronio quiso ver a Publio Cornelio Escipión, convaleciente aún a causa de las lesiones sufridas en la batalla. Para él, era de suma urgencia atacar a Aníbal sin dilación. Dejarle disfrutar de su victoria y recomponerse de las bajas sufridas sería un error.

—Aparecieron de la nada —explicaba Escipión—. Nos encontramos rodeados, casi pierdo la vida en la batalla. Propongo esperar, prepararnos. Muchos de nuestros aliados indígenas se han pasado a las filas de los africanos.

—Si no damos respuesta inmediata, alentaremos su arrogancia a la vez que apareceremos ante los ojos del mundo como unos cobardes. Roma no teme la batalla. No podemos dejarlos avanzar más —le argumentaba Sempronio.

Y es que el mandato de este último llegaba a su fin y quería garantizarse la reelección. Firme en su propósito, decidió partir cuanto antes hacia Trebia. Estaba decidido a ser él el que acabara de una vez con el enemigo que tantos quebraderos de cabeza les regalaba. Elegirían un combate a campo abierto, eso les daría ventaja según el cónsul. Pero, como era habitual en Aníbal, fue capaz de prever los movimientos del enemigo.

—Magón, hermano, tú y tus hombres aprovechad la noche y escondeos entre los arbustos —ordenó—. Esperad a que se inicie la batalla, los romanos atacarán cuando nos vean llegar, los incitaremos a ello.

Tal y como predijo el general, los romanos atacaron nada más ver al ejército de Aníbal acercarse. La caballería fue la primera en responder. Los cartagineses le esperaban al otro lado del río. Con el agua helada hasta casi cubrirlos, les resultó difícil llegar a la otra orilla. Los que

llegaron lo hicieron debilitados a causa del esfuerzo y del frío, que penetró en sus cuerpos sin compasión.

Aníbal lanzó contra ellos una combinación de caballería y elefantes que hizo retroceder a los romanos; la infantería quedó expuesta. Era el momento del ataque de Magón. El ejército romano se sumió en una completa confusión y desesperación. De nuevo, Aníbal vencía.

Fue un duro golpe para los romanos, las pérdidas ascendieron a 20 000 hombres. El avance hacia Roma se mostraba imparable. El próximo obstáculo: los Apeninos. De nuevo, un desafío, esta vez en pleno invierno, amenazaba con seguir mermando las filas del púnico. Las duras condiciones climáticas hicieron mella, aunque no consiguieron parar su avance. Una herida en el ojo derecho del general le hizo sufrir varias jornadas de fiebre. La ponzoña se apoderó de la zona e hizo inútil la intervención el curandero.

—¿Debo entender que lo perderé? —preguntó angustiado al curandero.

—Me temo que no hay nada que hacer, mi general. La infección ha causado estragos en la zona, lo único que puedo hacer es suministraros algo para el dolor.

—¡¿A qué estáis esperando, charlatán?! Necesito lo que sea que me calme el dolor.

—Debéis tomar solo la dosis que aconsejo, más de esta sustancia sería letal.

Aníbal aprovechó para pedir a su sanador que introdujera el veneno en un anillo. El hombre obedeció sin preguntar, como era su costumbre. No consideraba al general como a alguien que fuese capaz de utilizar la sustancia contra su propio organismo. Amaba demasiado la vida de gloria que llevaba. Y era cierto, pero no era menos cierto que jamás permitiría dejarse coger por el enemigo. Su muerte debería ser en batalla.

Con Aníbal recuperado, llegaron hasta la parte central de la península itálica, en la región de Umbría. La primavera de un nuevo año florecía. No habían tenido más encuentros con los romanos, aunque sí con algunas tribus fieles a Roma. Llegaron al norte del lago Trasimeno. De sus estudios de la zona y la información recibida, dedujo que allí tendría lugar el próximo enfrentamiento. De nuevo el engaño: dejó creer a los espías romanos que había abandonado su campamento y marchaba hacia el sur. No tuvieron más que esperar apostados en el desfiladero de Borghetto. Cayeron en la emboscada. Tres horas les bastó a los púnicos para vencer. Muchos soldados murieron ahogados al ser perseguidos por los cartagineses; al intentar salvar sus vidas, las perdieron.

La batalla de Trasimeno hizo replantearse a Roma su postura frente al primogénito de los Barca. Decidieron nombrar un dictador. Era la primera vez que sucedía. Se optó por Quinto Fabio Máximo. El Senado escuchaba con atención sus palabras, que les recordaba cada una de las derrotas sufridas, la humillación a la que los estaba sometiendo el que ya empezaba a llamarse «el peor enemigo de Roma».

—Debemos aprender de nuestros errores —comenzó a decir—. No venceremos a Aníbal en la confrontación. Ese hombre siempre va un paso por delante, busca el enfrentamiento en batalla. Ahí está asegurada su victoria, pues bien, ¡neguémosle lo que ansía! ¡Le privaremos de la lucha! ¡Dividiremos a su ejército! Al fin y al cabo, está formado por tribus diferentes. Los atacaremos de otra forma: cortándole los suministros; que mueran de hambre, que no tengan víveres, ¡que no tengan nada!

—¡Esa es una actitud de cobardes! —le arrojó Varrón—. ¿Desde cuándo Roma ha tenido miedo a la lucha?

—¡Haremos lo que sea necesario para vencer a ese bárbaro! Si eso significa negarle la batalla, que así sea. No podemos permitirnos perder más hombres.

El Senado apoyó sin reservas al dictador, que puso en marcha su decisión de aislar a las tropas de Aníbal de cualquier suministro.

Pero Aníbal no se rendiría. Si le negaban la lucha, iría a por ella, los provocaría hasta conseguirla.

—Nos rehúyen. Eso está bien. Quieren aislarnos, lo que no podemos permitir. ¡Iremos a por sus cosechas, sus tierras, sus viviendas! ¡Saquead, quemad, arrasad! Que vean lo que es perder sus propiedades. Eso sí, ¡dejad intactas las del dictador! Que su gente se vuelva contra él y su decisión de no atacarnos.

El fuego fue el protagonista esos días. Campos, casas, todo se consumía ante la desesperación y el aumento del odio de Varrón. La estrategia del dictador no funcionaba.

—Debemos hablar al margen del Senado —sugirió Varrón al joven Escipión—. Creo que deseáis tanto como yo acabar con ese sádico.

—Vuestras palabras son ciertas. Pero nada podemos hacer. Debemos lealtad a nuestros oficiales al mando.

—¿Hasta cuándo podremos soportar la humillación? ¡El plan de Favio no funciona! ¿Creéis que nuestra actual posición nos hace parecer fuertes? Yo digo que al contrario, ¡nos hace parecer débiles ante Roma y ante el mundo! ¿Qué harán nuestros aliados?

—Debo reconocer que no aplaudo la decisión tomada. Cierto es, también, que es de débiles no actuar y que nuestros aliados no se sienten seguros. Aun así, no puedo desobedecer.

—Las circunstancias cambian, joven Escipión. La dictadura se terminará pronto. Pienso presentarme a cónsul y, cuando llegue el momento, cuento con vuestro apoyo.

—Llegado el momento, podéis contar conmigo.

Seis meses más tarde, la dictadura llegó a su fin. Era el momento esperado por Varrón. Al fin se veía en la posición de poder actuar. Ahora, como recién nombrado cónsul, pudo dotar al joven Escipión de la capacidad suficiente para presentar batalla a Aníbal. Como tribuno, el joven guerrero sería el encargado de formar un ejército capaz de acabar con el Rayo.



Capítulo XVI
¿Qué voy a hacer, Anat?

En la península ibérica, eran cada vez más los pueblos que se pasaban al bando romano. El propio Escipión se encargó de acumular alianzas. Las riquezas de Cástulo, su puerto y su ubicación estratégica marcaron el interés por la ciudad. Mucro lo recibió en varias ocasiones. Para él, el bienestar de sus gentes lo empujaba a negociar. Los lazos entre los dos líderes se estrechaban. Las visitas pasaron a ser largas estancias del cónsul, que acabarían por consolidar los acuerdos que considerarían a Cástulo como una *civitas liberae et inmunes*[12].

Ahora, lo único que le preocupaba al rey era la situación de su hija y su nieto. Llevaban meses queriendo trasladarse a Cástulo. Había llegado la hora de que así fuera. Mucro mandó a buscarlos. Un barco los trasladaría hasta Gades y, desde allí, un barco castulonense continuaría la travesía hasta el puerto del *oppidum*.

Anat se encargó de todo, como siempre había hecho. Se buscó la ayuda necesaria entre los sirvientes de la casa en la que se hospedaba la familia de Aníbal. Al amparo de la noche, las tres sombras se deslizaron con la ayuda de dos hombres de confianza por las calles desiertas de Cartago, hasta llegar al puerto. Un buen puñado de monedas sirvieron para pagar los pasajes y no hacer preguntas. Vestidos con ropas de esclavos, se entremezclaron con el resto de los pasajeros sin llamar la atención. En pocas horas dejarían atrás los muros que la habían hecho sentir prisionera. Los brazos de su padre los esperaban desde hacía demasiado tiempo.

La travesía no estuvo exenta de dificultades. De los tres barcos que zarparon, dos encontraron su final en los mares debido a una fuerte tormenta. El que albergaba a la princesa a punto estuvo de correr la misma suerte. Fueron momentos de pánico los sufridos a bordo. La pericia del oficial al mando fue determinante para el futuro de la familia de Aníbal. Mucro, informado de los avatares sufridos en el viaje, esperaba impaciente. El abrazo esperado dejó atrás el miedo sufrido.

—Por fin estás aquí, mi niña —la recibió Mucro con los ojos vidriosos—. ¡Cuánto te he

echado de menos!

—Yo también a ti, padre. Y a Cástulo. Todo este tiempo me ha parecido una eternidad —le confesó la princesa.

—Cástulo ha cambiado, hija. Debes tener paciencia. Aquí, Aníbal ya no es bien visto. Y tú… Bueno, eres su esposa.

—¿Qué quieres decir, padre? ¿Acaso no soy bien recibida en mi pueblo?

—Puede que haya algún recelo. Pero estoy seguro de que los volverás a conquistar. Ahora, cuéntame, ¿qué sabes de tu esposo?

—Poco. Las noticias llegan muy de tarde en tarde, y a mí casi no me transmiten todo lo que saben de él. Está avanzando hacia Roma, ganando batallas y aumentando sus filas. Pero el tiempo pasa. Se preveía una guerra de un año y han pasado tres. No lo veo, padre, algo me dice que esto no acabará bien. Y tú, ¿sabes algo que deba saber?

—Sé que Roma jamás se rendirá. Iberia teme ser atacada por los romanos y, para evitarlo, muchos se están pasando a su bando, al bando que consideran ganador. Nosotros, Himilce, estamos negociando nuestra posición con Roma.

—Pero, padre, ¿eso significa que Cástulo será contrario a Cartago? ¡Me casé con Aníbal por la alianza con Cartago! Y, ahora, ¿qué pasará conmigo? —lloraba desesperada—. ¡¿Cuál es mi lugar?! ¡Estoy perdida!

—Entiendo cómo te sientes —extendió la mano para acariciar la de su hija.

—¡No! No creo que lo entiendas. No creo que nadie lo entienda. —Apartó la mano para impedir que su padre la rozara—. ¡¿En qué he contrariado a los dioses?!

—Los dioses te protegerán siempre, hija mía. Ahora te parecerá difícil, pero solo tienes que escuchar a tu corazón. Él te hablará y te indicará el camino. Yo no me opondré a tu decisión. Este será siempre tu hogar; y yo, tu padre. Descansa y escucha. Si decides que tu sitio está con tu esposo, deberás volver a Cartago, y lo harás con mi bendición. Si decides quedarte, debes saber que Cástulo estará con Roma y, por tanto, Aníbal nos considerará sus enemigos. Deberás estar preparada para cualquier opción.

La princesa, inundada de dolor, se retiró a su alcoba, la que la acogió de niña, en la que tantas veces había jugado y fue feliz. Era la misma habitación, pero ella no era la misma. Su seguridad se había esfumado y, con ella, su valentía. Envuelta en lágrimas, se tumbó sobre su lecho e intentó recordar. A su mente acudían escenas de su niñez, de los juegos con sus amigos en Cástulo. Se desvanecían aquellas y surgían otras, las de la primera vez que hizo el amor con Aníbal, sus paseos a caballo, los baños en el mar, mecida por las olas en los brazos fuertes de un esposo enamorado. Una sonrisa se adivinaba con aquellos recuerdos. Después, la promesa de no dejarla nunca frente a la que el general hizo a su padre: «Mientras viva, seré enemigo de Roma».

La noche transcurrió en una lucha constante de recuerdos y sentimientos. No logró dormirse hasta que los primeros rayos del sol entraron por la ventana.

Anat, preocupada, acudió a su habitación para comprobar su estado. Había sido advertida por Mucro de la conversación mantenida la tarde de antes y del futuro de Cástulo al lado de los romanos. El rostro de Himilce reflejaba la agotadora noche pasada. Pálida, con bolsas violáceas bajo los ojos tristes, saludó a Anat con desgana.

—¿Qué voy a hacer, Anat?

—Ay, mi niña. No me corresponde a mí decidir por ti. Sabrás qué hacer en su momento. Te lo aseguro. Si, como siempre hemos pensado, el destino está escrito en las estrellas, ellas te mostrarán el camino.

—No estoy tan segura de ello. ¿Recuerdas cuando acepté contraer matrimonio con Aníbal? Pensábamos que ese era mi destino. Que con aquella decisión evitaría la guerra entre nuestros pueblos. Y, ya ves, no he evitado nada, solo he conseguido el odio de mi pueblo.

—Tu pueblo no te odia, querida niña, todos sabemos que actuaste por amor a él. Nadie puede negarte eso. Ahora piensa en ti, en tu hijo. Recuerdo tus palabras de aquel día: «Lo que mi cabeza acepta, mi corazón lo rechaza». Es el momento de cambiarlo. ¿Qué te dicta tu corazón?

—No sé, Anat. Lo que sí puedo decirte es que vibraba al ver de lejos los olivos, las murallas de la ciudad, que me sentí renacer cuando atravesé las puertas de la casa que me vio nacer, que el abrazo de mi padre me devolvió a la vida, al igual que verlo juguetear con mi hijo, que deseo reencontrarme con mis amigos de la infancia, decirles que he vuelto, que los he echado de menos cada día; puedo decirte también que es así como quiero que crezca mi hijo, en el amor, alejado de todo odio heredado por imposición. Que odio una guerra que no comprendo y que solo me ha traído amargura y preocupación, que me ha alejado del amor de mi vida, pero lo que más odio, Anat, es que esta guerra la ha provocado él. Y, lo que es peor, ante la balanza de la familia y la promesa de su padre, mi esposo ha elegido. No he sido yo su elección. Si un día me hizo sentir mujer, ahora me siento rechazada, relegada. Quizá todo eso me dice mi corazón. Por otro lado, siento que no volveré a verlo. A veces pienso que es lo mejor, continuar mi vida fuera de los Barca, alejada de todo aquello que no deseo; otras, se impone el amor que siento por él, porque lo siento, por mucho que duela.

—Querida niña, tu corazón te ha hablado.



Capítulo XVII
Sabéis cómo vencer, pero no sabéis cómo utilizar la victoria

El tribuno Escipión logró reunir un ejército poderoso en número y en armas, más de 85 000 hombres sin contar la caballería. Varrón tocaba con los dedos la victoria. Aníbal no tardaría en saber que los romanos se dirigían a su encuentro.

—General, nos superan por mucho en número —le informó Gisco intranquilo—. Nuestros hombres están cansados y mal alimentados. Me preocupa.

—Tranquilo, Gisco —lo calmó Aníbal—. ¿Desde cuándo nos ha importado el número? El valor, eso es lo que importa. Los romanos luchan porque tienen que hacerlo, porque les pagan para ello; nosotros, en cambio, luchamos por nuestro honor, nuestra libertad y la de Cartago. Ellos son predecibles. Les presentaremos algo que no se esperen y venceremos, tened por seguro que la victoria será nuestra.

En Cannas, los romanos examinaban el campo de batalla. Observaron que el río los protegería por la derecha mientras que, a su izquierda, las colinas los ampararían. Era el campo de batalla ideal para sus fines. Esta vez se sentían superiores a su enemigo, eran superiores, esta vez sería la definitiva.

En el campamento cartaginés, el general Rayo instruía a sus hombres sobre las tácticas de las que se servirían en breve. Sobre la arena, dibujaba un arco.

—Les haremos ver solo el vértice del arco. Creerán conocer nuestra posición y arrancarán contra nosotros. Contamos con que confían en su elevado número de soldados. Pensarán que son superiores y así debemos hacérselo creer. Maharbal, primero avanzaréis con la caballería; en cuanto os vean, responderán. Hacedles retroceder y aguantad lo máximo posible. No penséis en las bajas que sufriremos, seguid, continuad. Ellos seguirán mandando más y más hombres. Manteneos firmes. Hacedles creer que ganan, que saboreen la victoria. Una vez confiados, será el

turno de las reservas que hasta ahora permanecerán ocultas, y nuestro arco se irá abriendo hasta cerrarse de nuevo bordeándolos. Se verán rodeados por los tres lados. Los obligaremos a retroceder. Este será de nuevo vuestro momento, Maharbal, volveréis con la caballería para cortarles el paso. ¡No tengáis piedad! ¡Acabad con ellos!

Aníbal era consciente de lo que les pedía a sus hombres: una entrega total. Ellos estaban dispuestos a ofrecerles su vida sin reservas.

La batalla tuvo lugar en Cannas en agosto del año 216 a. C.

Sucedió tal y como planeó Aníbal. Tras la cruenta batalla, los cuerpos de los soldados bañados en bermellón oscuro se amontonaban indiscriminadamente. Espadas y lanzas los atravesaban. Entre el mar de armas, una en especial relucía hasta llamar la atención del general púnico. Se acercó hasta el cuerpo del que la prendía, se arrodilló con pena y la extrajo con un movimiento rápido y seguro. Gisco, su leal amigo, entregó su vida aquel día junto a más de 60 000 romanos. A pesar de su triunfo, Aníbal no estaba contento.

—¿Qué os ocurre, Aníbal? —se interesó Maharbal al verlo alicaído—. Es el final. Solo nos queda Roma y seremos los amos del mundo, como vos queríais. El honor de Cartago se verá repuesto; y vuestro padre, vengado. Volveréis a abrazar a vuestra esposa. ¿No es esto lo que anhelabais?

—Nuestra es la victoria. Roma y todo lo que representa ya ha sido aniquilada. ¡No entraremos en la ciudad!

—Eso no es propio de ti, hermano —intervino Magón—. No podemos dejar ni un solo resquicio de salida al enemigo. Debemos atacar la ciudad ya.

Maharbal asintió para dar la razón a Magón; sin embargo, Aníbal no daba su brazo a torcer.

—No somos bárbaros. No es necesario segar más vidas. Hemos dejado claro quién ha ganado esta guerra. Solo queda negociar los acuerdos para su rendición.

—Aníbal —intervino Maharbal—, sabéis cómo vencer, pero no sabéis cómo utilizar la victoria. Traerá consecuencias, sin duda. No penséis que Roma se rendirá. ¡Jamás lo hará!

—¡Hemos vencido en todas las batallas!, hemos destruido sus fuerzas una y otra vez, deberían estar acabados. Las normas de la guerra así lo proclaman.

—¿Cuándo nos hemos servido nosotros de las normas de la guerra, Aníbal? ¡No se rendirán y debemos acabar esto!

—Magón —llamó su atención el general—, ¡vuelve a Cartago! Presenta al consejo nuestras victorias, solicita el envío de más hombres para acabar con esto. Vamos a rodear Roma hasta que se vean forzados a rendirse.

En Roma, el Senado ordenó a Escipión hacerse con más soldados, prepararse de nuevo. El joven tribuno aprendía, asimilaba las enseñanzas que le proporcionaba su enemigo en cada derrota. El odio hacia él crecía de la mano de la admiración.

De forma paralela, acordaron volver a la estrategia de aislar al ejército de Aníbal, tal y como hicieron bajo el mandato del dictador. Negarles la batalla, negar la entrada de víveres, atacar al estómago.

La guerra no había terminado.

Antes de partir hacia Cartago, Magón se despidió de Aníbal.

—Hermano, ¿algún mensaje para tu esposa?

—Mi cabeza no deja en estos momentos espacio a mi corazón. Asegúrate de que estén bien. Pronto acabará todo.

Por un momento, pensó en Himilce y en el hijo que apenas había disfrutado unos meses, en

la vida que tuvo junto a ella. La adoraba, su corazón le pertenecía. Ninguna mujer podría sustituirla nunca, pero ¿era feliz? Se dio cuenta de que lo único que lo mantenía vivo era su enfrentamiento con Roma, el cumplir la promesa hecha a su padre, vivir de la gloria de la batalla. ¿Qué pasaría cuando todo aquello acabara? ¿Habría merecido la pena tanto sacrificio? El tiempo lo diría.



Capítulo XVIII
Traigo noticias de Aníbal

En Cartago, Magón se presentó ante el consejo de ancianos. Sobre el suelo, esparció una cantidad apreciable de anillos romanos.

—Estos anillos pertenecían a nuestros enemigos romanos, todos caídos a golpes de nuestras espadas, ellos representan nuestras victorias. Con este símbolo, Aníbal solicita que le concedáis más hombres. Necesitamos acabar de una vez por todas con Roma.

—¿Queréis más hombres para una empresa que, según vuestro hermano, iba a durar un año? ¡Han pasado más de tres y seguimos gastando armas y vidas sin conseguir lo que prometió! ¡No, Magón, no habrá más ayuda! Ahora la guerra se trasladará a Iberia y allí es donde debemos estar. Aníbal terminará lo que empezó por sus propios medios, y nosotros enviaremos hombres a Iberia bajo vuestro mando si estáis dispuesto.

Magón no se atrevió a desafiar al consejo. Prefirió no generar más conflicto ni alentar a los enemigos de su hermano, enemigos encabezados por Hannón. Decidió aceptar el ofrecimiento de comandar las tropas en Iberia hasta averiguar cómo ayudar a Aníbal. De momento, el mayor de los Barca estaba solo.

Al terminar la reunión del consejo, fue en busca de Himilce. Le sorprendió no encontrarla en Cartago. Entre los habitantes de la ciudad, se había extendido el rumor a petición de Anat de que tanto ella como su hijo habían perecido en el mar al hundirse el barco que los trasladaba hasta Gades. Magón, incrédulo, decidió buscarla en Cástulo. Si había fallecido, Mucro se lo haría saber.

Cuando llegó a Cástulo, acompañado de un par de soldados, no esperaba que lo recibieran como a un enemigo. Desarmado y escoltado por varios soldados íberos, lo presentaron ante el rey.

—¿A qué se debe vuestra visita, Magón? —le interpeló Mucro.

—Traigo noticias de Aníbal. Solicito ver a la princesa.

—Mi hija está indispuesta. Me temo que no podrá recibiros. Decidme a mí lo que hayáis venido a contar.

—Debo asegurarme de que está bien.

Himilce apareció en escena e interrumpió la conversación de ambos hombres.

—No pasa nada, padre, oiré lo que Magón tiene que decirme. Déjame un momento a solas con él.

Mucro les concedió unos minutos sin apartar a la guardia de la puerta.

—Decidme, ¿cómo se encuentra mi esposo?

—Teme por vos. Pensaba que estaríais en Cartago. Aquí no podrá protegeros.

—¿Y en Cartago sí? Como habréis observado, Cástulo se ha posicionado, y no del lado de Aníbal precisamente.

—Lo he comprobado muy a mi pesar, al igual que he comprobado que Cartago no va a acudir en su ayuda. Está solo. Tanto sacrificio por Cartago y por Cástulo, no se ve recompensado. ¿Consideráis justa la vida, princesa?

—¡Ni yo ni Cástulo le hemos pedido tal sacrificio a Aníbal! No me hagáis creer que su lucha es por mi pueblo. Siempre ha sido por él, por su gloria, por la promesa que hizo a vuestro padre. Esa promesa ha prevalecido sobre todo lo demás, incluidos su hijo y yo. Aníbal eligió en su momento, cuando decidió atacar Sagunto y provocar con ello la guerra con Roma. Ahora me ha tocado elegir a mí, id en paz y decidle a mi esposo que estoy bien, que su hijo también lo está, que cumpliré mi promesa de serle fiel como mujer, pero que me debo a mi pueblo. Mi lugar está aquí, en Cástulo, con mi padre y sus gentes. Deseo que los dioses le acompañen y que, llegado el día en que finalice esta locura, decida volver con su familia.

—Hubiese preferido darle la noticia de que habíais perecido en el mar, tal y como me dijeron en Cartago. Me imagino que la tristeza de perderos no sería comparable a la de conocer vuestro abandono.

—¿Mi abandono, Magón? Comprendo vuestra lealtad hacia Aníbal; al fin y al cabo, compartís el mismo objetivo, pero no me pidáis a mí la misma lealtad. ¡He sido yo la abandonada! De nada valieron mis ruegos. Incluso me ofrecí a acompañarle. Nunca lo quise dejar. Él lo tenía claro. Mi lugar no estaba a su lado. ¡Por los dioses, no me digáis que lo he abandonado!

Magón no añadió una palabra más. Hizo una reverencia ante la princesa y le dio la espalda para dirigirse a la salida.

—¡Esperad!

El soldado se dio la vuelta para escuchar lo que Himilce iba a decirle.

—Cuidad de él. Tengo el presentimiento de que esto no acabará bien para Aníbal.

—Lo haré.

La princesa se quedó sola. Las lágrimas, tan constantes en los últimos días, volvieron de nuevo. Sumida en la tristeza, no oyó llegar a Cerdubelo. Su amigo, el que la amaba discretamente, se había convertido en la mano derecha de Mucro. El rey lo había hecho partícipe de las negociaciones con los romanos y, conocedor de su amor por ella, le había pedido que la cuidara. Ahí estaba para hacerlo.

—¿Qué tienes, princesa?

—Oh, Cerdubelo. Mi alma está rota de dolor. ¿Cuándo acabará esto?

—Espero que pronto. Siento mucho por lo que estás pasando. Toda herida duele, pero también, tarde o temprano, sana. No estás sola. Yo estaré siempre contigo, como cuando éramos

niños, ¿recuerdas?

—Cada día. Fueron los años más felices de mi vida.

—Esa felicidad volverá. Te lo prometo.

Himilce lo miró a los ojos y descubrió algo que nunca había visto en ellos. Esa expresión le recordaba a la mirada de Aníbal. ¿Estaría Cerdubelo enamorado? ¡Cómo no se había dado cuenta! Ahora lo comprendía todo. Lo que su amigo sentía por ella iba más allá de la amistad. Decidió no decir nada. No era el momento de plantearse ese tipo de cuestiones. Su cuerpo pertenecía a Aníbal por mucho que adorara la compañía de su amigo.

Con la princesa más calmada, se unió a ellos Anat con el pequeño Aspar. El chico correteaba alrededor de su madre hasta despertar en ella una sonrisa. Los rizos de su cabello subían y bajaban al compás de su carrera.

—Mira, madre, soy más veloz que el caballo del abuelo.

—Ven aquí y abrázame. Hoy necesito que te quedes conmigo y me digas lo mucho que me quieres.

El niño le rodeó el cuello con los brazos y la llenó de besos.

—Te quiero mucho, madre. Eres la más guapa del mundo.

Los presentes se rieron con las ocurrencias del chiquillo de ojos negros y profundos como su padre, pero gesto amable herencia de la princesa. La emoción acudió a Himilce en forma de dos lágrimas que descendían por sus mejillas.

—¿Estás bien, criatura? —se interesó Anat.

—Estoy bien, Anat. Este niño me da fuerza y me recuerda cuál es mi camino.



Capítulo XIX
¿Qué es lo que no se espera el enemigo?

En la península itálica, Aníbal esperaba unos refuerzos que no llegaban. Comenzaban a sentir las consecuencias de su aislamiento. Siete años eran muchos años. Mientras ellos se debilitaban, los romanos se fortalecían. El Senado permitió unirse a sus filas a menores de la edad permitida, a exconvictos y gente de mala vida a cambio de un puñado de monedas y el juramento de servir a Roma.

De momento, el plan de Escipión de llevar la guerra a Iberia seguía paralizado debido a la oposición de Favio. El joven tribuno insistía en cada ocasión que se le presentaba.

—¿Es que no hemos aprendido nada a lo largo de estos años? ¿No ha calado nada de las derrotas sufridas? ¡Debemos llevar la guerra a Hispania, tal y como hizo Aníbal! Preguntaos: ¿qué es lo que no se espera el enemigo? El enemigo no se espera que ataquemos sus posiciones en Hispania. ¡Hagámoslo! Haremos lo que él no hizo: atacaremos su capital. Atacaremos Cartago Nova y lo haremos tal y como él atacó Sagunto: ¡saqueemos la ciudad, que el fuego la envuelva, que sus riquezas pasen a nuestras manos!

Seis meses le costó a Escipión que se aprobara su estrategia de ataque. Mientras Aníbal se desesperaba, Escipión atacó Cartago Nova e iba sumando una victoria tras otra.

—Aníbal, la guerra está en Hispania. Aquí acaba todo —le arrojó Maharbal a su general.

—Los dioses les sonríen, amigo mío, pero aquí no acaba todo. Mandaré llamar a Asdrúbal. Él vendrá en nuestra ayuda. No me importa lo que el consejo tenga que decir, es mi hermano y vendrá.

Un correo salió de inmediato en busca de Asdrúbal. El encuentro de los hermanos se fijaba en Umbría, así se lo aseguraba Asdrúbal en su misiva. Vigilados como estaban, los romanos interceptaron el correo. Favio dio orden de su captura.

Unos soldados se acercaron al campamento de Aníbal. Avisado por sus hombres, salió a su encuentro. Ante sus pies arrojaron la cabeza de su hermano. Un grito desgarrador se abrió

camino por la garganta del púnico. De rodillas, elevó sus brazos al cielo. Con los ojos invadidos de lágrimas, abrazó los restos de Asdrúbal. Con la muerte de su hermano, se desvaneció toda esperanza de Aníbal.

En la península ibérica, entre victoria y victoria, el tribuno Escipión se acercó a Cástulo. Lo mandaba su padre a informar a Mucro de los avances de la campaña y con el fin de solicitar minerales para las armas. Al saber que se encontraba allí la esposa de su enemigo, quiso conocerla. Himilce también sentía curiosidad después de ser partícipe de varias conversaciones en las que su padre y Cerdubelo hablaron de él.

Mucro lo recibió y aceptó que conociera a su hija. Cuando el tribuno la vio aparecer, se quedó paralizado. A sus oídos había llegado la belleza sin igual de la princesa, su gracia de movimientos y su voz, a la que se comparaba con los cantos de las sirenas, tan melodiosa que provocaba danzar a las almas. Lo que vio superó con creces la idea prefijada de la mujer. En ese momento envidió aún más a Aníbal. Llevaba tiempo poniéndose en su lugar, aprendiendo cómo pensaba, cómo actuaba, y creía haberlo conseguido; ahora, no se explicaba cómo pudo dejar marchar a una mujer así.

—Es un honor para mí conoceros, princesa —le dijo mientras besaba su mano.

—Vuestro padre nos habla mucho de vos.

—Espero que bien.

—De su valentía y su capacidad de liderazgo, de lo bueno que es en el arte de la guerra. Mi vida, en estos últimos años, se reduce a oír hablar de la guerra. Y, decidme, ¿no hay posibilidad de terminar con esta locura? Volver al principio, al tratado del río Iberus. ¿Diez años de contienda no son suficientes?

—No fui yo quien empezó esta guerra, princesa.

—Quizá no, pero en vuestra mano puede estar que se termine.

—Cástulo está con Roma. ¿Creéis que, si todo acaba, Aníbal volverá a vuestro lado?

—Da igual lo que yo crea, tribuno, yo estoy donde debo estar y eso es lo que importa, pero viviría más tranquila si él no pierde la vida en su empeño.

—La guerra es cosa de dos, Cartago y Roma, Aníbal y yo mismo somos solo piezas movidas por un interés mayor. Puedo garantizar vuestra seguridad y la de vuestra familia, la de Aníbal no está en mi mano.

¡Cómo le recordaba aquel hombre a su esposo! La misma seguridad en sí mismo, la misma prepotencia y arrogancia, la misma mirada de la que se desprendía la pasión por la batalla. En el veía todo lo que amaba y odiaba de Aníbal.

Aspar entró en la sala. Había escapado de la supervisión de Anat para ir en busca de su madre. Correteó a su alrededor y alrededor del tribuno.

—Aspar, ven aquí —lo llamó Anat—. Lo siento, princesa, enseguida me lo llevo.

—¡No!, ¡dejadlo, por favor! —suplicó Escipión—. Un poco de inocencia siempre viene bien.

Llamó al niño.

—Hola, hombrecito, ¿cómo os llamáis?

—Mi nombre es Aspar y tengo casi once años. ¿Y vos?

—Soy Publio Cornelio Escipión, tribuno romano. Encantado de conoceros. —Le dio la mano de forma ceremoniosa.

—¿Sois general, como mi padre?

—Más o menos.

Himilce dio orden a Anat de que se llevara al niño. Escipión revolvió su cabello, que ya traía alborotado.

—Espero veros pronto, Aspar.

Una vez salió el niño, Escipión se dirigió a la princesa.

—Tenéis un hijo precioso, Himilce. Yo me ocuparé de que nada le falte. Cuidaré de los dos. Lo prometo.

—Muy amable por vuestra parte, pero tenemos quien nos cuide. Mi padre y Cerdubelo, además de Anat, se ocupan de nuestro bienestar. De todas formas, agradezco vuestro gesto.

—No os entretengo más. Como le he dicho a vuestro hijo, espero volver a veros pronto.

El joven tribuno se retiró con el corazón encogido. En un instante, aquella mujer consiguió ponerlo nervioso. Las manos le sudaban y el cuerpo se estremecía haciendo que todo el vello se pusiera en pie. En aquel momento comprendió que se había prendado de Himilce. Fue consciente de que se trataba de la esposa de su enemigo. Él se encargaría de liberarla de ese yugo. Cuando todo acabara, allí estaría para abrazarla, consolarla y vivir el resto de sus días junto a ella. Odió aún más, si podía, a Aníbal; ese hombre poseía todo lo que él deseaba: valor, astucia, inteligencia y el amor de una mujer extraordinaria. Decidió que aquello tenía que cambiar.



Capítulo XX
Aníbal está acabado

Después de su campaña en la península ibérica, Escipión entró triunfal en Roma. El Senado lo recibió a golpe de vítores y agradecimiento.

—Esto solo ha sido el comienzo del fin —se dirigió al Senado—. ¡Conseguiré la gloria para Roma! Llevaremos ahora la guerra a África. Cartago se verá obligada a llamar a Aníbal. Allí se decidirá quién dominará el Mediterráneo y, con él, el mundo.

—Aníbal está acabado. Lleva más de ocho años aislado. No tiene ninguna posibilidad y, si en su momento decidió no atacar Roma, ahora no se encuentra en disposición de hacerlo. Es cuestión de tiempo, tribuno —le respondió uno de los más antiguos senadores.

—Ciertas son vuestras palabras, pero no debemos dejarle ninguna posibilidad por remota que sea. Haremos lo que él ha hecho con nosotros. Pero yo no dudaré: esto no habrá acabado hasta que no elimine a ese hombre.

Su odio y el afán de gloria lo hacían imparable.

—De todas formas, Hispania no está bajo nuestro control. Existen pueblos que se resisten —apuntó otro de los senadores.

—Volvemos en unos días a Hispania. Todo está previsto. Mi vuelta ha sido solo para informar de primera mano de la situación en la península ibérica y solicitar la aprobación de llevar los ejércitos a África.

—Proceded, pues, romano.

En Cartago, el consejo de ancianos analizaba la posibilidad de llamar a Aníbal. La situación se les escapaba de las manos. Estaban perdiendo todas sus posesiones en Iberia. Sus aliados se iban posicionando poco a poco al lado de Roma.

—¿Queréis llamar a Aníbal? ¡Él y solo él es el culpable de nuestra situación! —argumentaba Hannón—. ¡Dejó nuestras tierras desprotegidas para malgastar tiempo, hombres y dinero en

tierras lejanas!

—Poco podremos resistir sin su ayuda —le contradecían algunos.

—¡Nos arriesgaremos! Si él vuelve, con él atraerá a más romanos —seguía defendiendo Hannón.

—Votemos. Y que los dioses nos sonrían. Pero pensad que quizá cuando Aníbal regrese ya sea demasiado tarde.

El consejo decidió no llamar al general. Hannón se consolidaba en el consejo.

Fue la victoria romana de los Campos Magnos la que hizo cambiar de opinión al consejo de ancianos. La derrota fue aplastante. Después de esto, los romanos campaban a sus anchas por Iberia.

El tiempo pasaba: días, meses, años; y la guerra no llegaba a su fin.

Himilce, de la mano de Cerdubelo, veía crecer a su hijo, avanzar a su pueblo al que Roma le había concedido privilegios políticos y económicos gracias a la participación del tribuno Escipión en las negociaciones, hasta se les permitió acuñar su propia moneda. Las heridas sanaban o, al menos, no dolían tanto. La princesa se centraba en los asuntos de Estado. El rey Mucro así lo quiso y se lo hizo prometer a Cerdubelo en su lecho de muerte.

El tiempo fue implacable, no solo perdieron a Mucro, Anat también los dejó, víctima de una enfermedad incurable.

Ahora estaba ella, junto a la mano derecha de su padre, al frente de Cástulo. De nuevo se sentía protegida por los dioses y comprendía cuál era su destino. Quizá ese fue el escrito en las estrellas desde siempre, quizá en su día, hacía ya muchos años, no lo supo leer. Todo a su alrededor había cambiado, solo permanecía la guerra y su promesa de fidelidad a su esposo.

Eran tiempos sosegados dentro de la costumbre de la guerra. Las visitas de Escipión se sucedían con frecuencia. Logró entablar una buena amistad con la princesa a pesar del recelo que causaba en Cerdubelo, que conocía sus intenciones para con Himilce. No podía reprocharle nada, él mismo la amaba y se sentía bajo el mismo embrujo que el tribuno.

Himilce no mostraba interés por ninguno de los dos hombres, tampoco esperaba el regreso de Aníbal, su corazón le decía que jamás volvería a verlo. Las noticias sobre él se diluían y apenas se le informaba más allá de que seguía en tierras italianas a la espera de ser llamado por Cartago. A las puertas del verano del año 202 a. C. supo que, por fin, Aníbal regresaba a África. Aquello hizo que su corazón, hasta ese momento sosegado, latiera con más fuerza. Presentía el desenlace de la contienda; para bien o para mal, el final estaba cerca.

Aníbal, por su parte, se alegraba de volver a su tierra. Durante los años separado de los suyos, nunca habló de su familia con nadie. En las noches solitarias y en la desesperación de su aislamiento, pensaba que había fallado a su padre y a Himilce, que ninguna de las dos promesas iba a ser cumplida. Lloraba al sentirse solo, impotente, abandonado por Baal a su suerte, y esta no estaba de su lado. En los preparativos para su regreso, pensaba cada día en ella, en cómo había sido su vida, en su hijo, ¿habría cumplido Himilce su mandato de educar a Aspar en el odio a Roma? Algo le decía que no. Lo había perdido todo por… nada.

Maharbal se acercó a su general al verlo preocupado.

—Es la hora, Aníbal. Toca acabar lo que empezasteis.

—Solo quedamos nosotros, Maharbal. Lo terminaremos juntos, aunque ahora dudo si todo esto ha merecido la pena.

—No es momento para dudas. ¡Sois Aníbal Barca y tenéis una promesa que cumplir! Si desistís ahora, todo lo que hemos pasado no tendrá sentido. ¡Se lo debéis a vuestro ejército, se lo

debéis a Cartago!

—No os falta razón, amigo. Nos prepararemos para la batalla. Conseguid elefantes, los utilizaremos contra los romanos. Debemos pensar, Maharbal. Escipión ha copiado fielmente nuestras tácticas. Ha aprendido a entenderme, me lee como yo siempre he leído las intenciones de los romanos. Se ha convertido en un enemigo al que temer, digno de enfrentarse a mí.

En África, Escipión acampó en Zama; con él, el ejército más numeroso jamás reunido esperaba el regreso del mayor enemigo de Roma.



Capítulo XXI
Roma vence

Al saber que Escipión se encontraba acampado en Zama, Aníbal ordenó hacer lo propio en sus cercanías y averiguar a qué se iban a enfrentar. Necesitaba saber cuántos eran, su posición exacta. Para ello, el general envió a dos de sus soldados que se deslizaran como sombras en la noche hasta el campamento. Los dos inexpertos muchachos fueron sorprendidos por la vigilancia romana y conducidos hasta Escipión.

—Supongo que es Aníbal quien os envía. ¡Hablad! —ordenó el tribuno.

—Así es —respondieron.

—Imagino, también, que quiere saber con qué fuerzas contamos. Será un placer mostraros mi campamento.

Les indicó que le siguieran. Los soldados, sorprendidos, andaban tras él paseando la mirada de un lado a otro sin perder detalle. Como si de un guía se tratara, Escipión les mostró cada rincón del campamento, les informó de las legiones que tenía bajo su mando, de la caballería, les mostró las armas, preparadas y limpias para la batalla. Conforme avanzaban, les indicaba que le hicieran llegar toda la información a Aníbal. Los soldados así lo hicieron. Le contaron a su general todo lo que habían visto y oído. Era la primera vez que el general cartaginés desconocía las intenciones de su enemigo. Tan solo contaba con la baza de los elefantes, unos animales jóvenes que no acabaron de ser adiestrados. Pensó que había llegado la hora de entrevistarse cara a cara con Escipión.

La reunión tuvo lugar el día 1 de agosto del año 202 a. C. en las llanuras de Zama. Con las miradas de cada uno escrutando al contrario, iniciaron una conversación esperada durante años.

—Escipión, llegados a este punto, esta batalla carece de sentido —comenzó Aníbal—. Demasiadas muertes, demasiados años…

—Ahora, general, ¿queréis evitar la guerra? ¡No puedo acudir a Roma con eso!

—Son incontables las muertes por ambos bandos. Cartago ha perdido sus tierras en Iberia y

Roma, las suyas en Italia. Es una locura. ¿Acaso no es suficiente?

—¿Qué proponéis, Aníbal? —le increpó burlón.

—Propongo parar aquí y ahora, que cada uno recupere lo perdido y respetemos lo pactado por mi padre y Roma.

—Me suena esa propuesta, ¿habéis hablado con vuestra esposa?

—¿Qué tiene que ver Himilce en esto?

En ese momento, recordó la conversación mantenida con la princesa, aquella en la que trataba de convencerlo para evitar la guerra, que nada conseguiría, que lo único que sacaría en claro sería su separación. ¿Cómo sabía su enemigo la opinión de la princesa?; ¿acaso la conocía mejor que él mismo, que hasta era sabedor de sus pensamientos? ¿O había algo que desconocía?

—No metáis a mi esposa en esto. Decidme, ¿consideraréis mi ofrecimiento? —le increpó el general.

—Mi respuesta es «no». ¡Yo acabaré lo que empezasteis!

—He sabido de vuestra evolución en estos últimos años. ¡Todo, escuchadme bien, tribuno, todo lo que sois me lo debéis a mí! Yo os he transmitido esas enseñanzas que ahora aprovecháis contra mí. Sin ellas, no seríais nada, ¡¿me oís?! ¡Nada!

—Debo reconocer que me he servido de vuestra pericia, de vuestro magistral manejo de las estrategias en batalla cuerpo a cuerpo, pero no, yo no os debo nada, Aníbal. Debéis saber que también he aprendido lo que jamás se hace en una guerra: no se dejan las cosas a medias. Deberíais haber entrado en Roma cuando tuvisteis la oportunidad. De hecho, todavía no consigo entender por qué no lo hicisteis. No cometeré ese error. Estos dieciséis años de guerra tendrán su final mañana, en vuestro territorio, cerca de vuestra Cartago.

—Que nuestro destino se decida mañana, pues.

Con la moral bajo mínimos, Aníbal trataba de infundir ánimo y valor a sus hombres.

—¡Os recuerdo que hemos ganado todas y cada una de las batallas! —vociferaba—. Tenemos más hombres que Escipión, contamos con ochenta elefantes que aprovecharemos para cargar contra la infantería romana. ¡Mañana Cartago vencerá de una vez por todas a Roma! ¡Descansad esta noche! ¡Mañana nos espera la gloria!

Al día siguiente, los ejércitos, frente a frente, se disponían para entrar en combate. Aníbal arrojó a los elefantes contra la infantería de Escipión, tal y como había pensado. Olvidó que esta vez su enemigo se anticiparía a sus pasos. Al llegar los elefantes hasta ellos, a toque de corneta, los soldados se abrieron para dejar paso a los animales. Crearon un pasillo por el que entraron sin oposición, en él fueron atacados sin piedad. El ruido de las cornetas y la confusión creada hicieron que los elefantes intentaran huir por donde habían venido, aplastando y arrasando a los propios hombres de Aníbal. Miles de soldados cartagineses perecieron en la estampida. El resto, desorientados, caían bajo las espadas enemigas derramando su sangre en la llanura de Zama. La tierra se tiñó de rojo y los gritos de los moribundos se elevaron al cielo.

Maharbal comprendió que no tenían nada que hacer.

—Aníbal, huid. Debéis salvar vuestra vida. Si la perdéis ahora, Cartago jamás se recuperará. ¡Huid ya!

El Rayo dudó unos segundos. No era hombre de abandonar, pero a Maharbal le asistía la razón. Allí no podía acabar todo. Sin mirar atrás, se escabulló entre la madeja de soldados que luchaban por sus vidas, sin rumbo fijo. Su sueño se esfumaba.

Los romanos hicieron retroceder al ejército púnico.

—¡Retirada! —gritó Maharbal.

Los romanos levantaron sus espadas en señal de victoria. Gritaban eufóricos.

—¡Roma vence! ¡Roma vence!

Aquella victoria costó a Cartago la pérdida de sus territorios en Iberia, la devolución de las zonas ocupadas en la península itálica, incluida Sicilia, y al abono de una cuantiosa indemnización que se verían obligados a pagar en los años venideros.

Sin embargo, Escipión quería más. Para él, el episodio no se cerraría hasta acabar con Aníbal. Lo conocía tan bien que sabía que, dondequiera que estuviese exiliado, no pararía en su empeño. Un cabo suelto que no se podía permitir.



Capítulo XXII
Ahora sí que termina todo

Enterada del resultado de la guerra, Himilce se inquietó por el paradero de Aníbal a la vez que saber que seguía con vida la tranquilizaba. Los años transcurridos la habían sosegado. La felicidad acudió a su vida para quedarse. Junto a su hijo y a Cerdubelo, vivió la transformación de su ciudad. Las calles florecieron sabedoras de la llegada de la ansiada paz. Reconoció lo que sin darse cuenta ya había asumido: el abandono de Aníbal para siempre. No tenía ya sentido la espera, ni siquiera se planteaba tenerlo de nuevo a su lado. Su vida era plena. Cerdubelo la cuidaba sin esperar nada a cambio, Escipión la cortejaba sin rendirse. No sabía si algún día estaría preparada para amar de nuevo; de lo que sí estaba segura era de que el momento no había llegado.

Los años venideros, para Aníbal, se presentaron en el exilio, de un lado a otro, desde Siria, bajo la protección de Antíoco III, hasta distintos reyes asiáticos hasta acabar en Bitinia, al noroeste de Asia. Hasta allí lo persiguió Escipión el Africano. Con sus hombres, avanzaba con la idea de darle muerte. Orgulloso y repleto de vanidad, no ocultó su llegada, por lo que Aníbal no tardó en estar sobre aviso.

Se sentó a esperarlo mientras hablaba con su padre.

—Ahora sí que termina todo, Amílcar, padre mío. No he podido acabar con Roma a pesar de haber dedicado mi vida a ello, tal y como os prometí. Llegado este momento, pienso, padre mío, ¿acaso no he cumplido con creces mi promesa? Juré que mientras viviera sería enemigo de Roma. Ahora llega el momento de mi muerte, moriré siendo su enemigo y sin darles la satisfacción de capturarme. Si los dioses lo estiman, nos veremos pronto en la otra vida.

Conforme las palabras salían de su boca, abría el anillo para acceder al líquido que contenía el veneno que en su día le proporcionó el sanador, lo vació entero en ella, pasó la lengua por los labios para recoger hasta la última gota y cerró los ojos. La muerte vino a su encuentro en pocos segundos.

Cuando llegó el Africano, se encontró con la escena y no pudo más que maldecirlo.

—¡Hasta del placer de daros muerte me habéis privado! Al menos habéis liberado a Roma. ¡Traedlo! —ordenó a sus hombres.

Los soldados obedecieron y cargaron el cuerpo sin vida del general en la grupa de uno de los caballos. Cabalgando a la velocidad que le permitían los cascos de los animales, salieron del alcance del rey de Bitinia.

Una vez alejados, uno de los hombres sugirió:

—¡Cortémosle la cabeza y llevémosla a Roma!

—No será necesario. Con nuestra palabra bastará para que el Senado sepa que los días del enemigo de Roma han llegado a su fin.

Entre los soldados se levantó un murmullo al no entender la posición de Escipión.

—Este hombre es un soldado, ha demostrado con creces su habilidad y su supremacía. No merece terminar cercenado. ¡Montad una pira! ¡Que el fuego purifique su cuerpo! ¡Poned dos monedas para el barquero! Es algo que debo hacer, por él y por su esposa.

Con aquel gesto reconocía la admiración que sentía por Aníbal Barca y se cubría ante posibles reproches de la princesa, a la que no dejaría de cortejar hasta conseguirla.

Una vez acabado el funeral, se volvió de nuevo a los soldados para ordenarles:

—¡Comprobad que nada haya escrito de la vida de este hombre, la historia de Aníbal corresponde contarla a Roma!

Después de la comunicación de su muerte, no se volvió a hablar de Aníbal. Para Himilce, el pasado se desdibujaba como un espejismo, como si nunca hubiese tenido lugar. Si el final de sus días tendría que ser en Cástulo, abrazaba su destino y daba gracias a los dioses por ello. Algún día quizá alguien contaría a una niña, sentada en sus rodillas, la historia de Himilce y Aníbal, la historia de un amor que nació para morir por el empeño de un hombre de ser el peor enemigo de Roma.

Agradecimientos

Una historia más, muy distinta de las anteriores, una historia que me ha llevado a sumergirme durante mucho tiempo en textos, escritos, tesis, incluso poemas para conocer más sobre Cástulo. En esta novela también me he sentido acompañada. Como siempre, debo dar las gracias a mi hija María, la más crítica e implicada desde mis comienzos como escritora; a mis otras lectoras cero: Sara Wall y Teresa Gómez, por acoger mi texto con entusiasmo y compromiso. Lo habéis hecho genial. Mil gracias por vuestra dedicación y aportaciones. Un honor que mi novela sea prologada por María Teresa, una persona admirable a la que quiero muchísimo. Gracias a mi marido, por esperar mis novelas como agua de mayo y devorarlas de forma apasionada. Gracias a mi correctora, Ana García de Polavieja, no solo por su profesionalidad, sino también por sus constantes mimos hacia mi persona. Agradecida también a Juan Richard Feliz, por la impresionante portada en la que ha captado la esencia de lo que yo quería mostrar. ¡Menuda obra de arte! Y al trabajo de maquetación de W. E. Franco. Con vosotros el camino es una gozada. Por último, gracias a ti, lector, que dedicas parte de tu tiempo a leer lo que con tanta ilusión escribo para ti. Espero haberte hecho pasar un buen rato y despertado en ti el interés por Cástulo.

---

[1] Himilce, de *Hin-Melkert*, «protegida de Melkart», forma fenicia del dios Baal cartaginés.

[2] Qart Hadasht, «ciudad nueva». Antigua ciudad de dominio cartaginés situada en la que hoy es la ciudad de Cartagena. Con la conquista romana en el año 209 a. C., pasó a llamarse Cartago Nova.

[3] Ciudad fortificada.

[4] Río Guadalquivir.

[5] Río Ebro.

[6] Actual Puente de Tablas, Jaén.

[7] Actual Jaén.

[8] Moneda de la antigua Mesopotamia.

[9] Silio Itálico, *Púnica* III, 109.

[10] Silio Itálico, *Púnica* III, 70.

[11] Infantería ligera.

[12] Ciudad federada exenta del pago de tributos y que mantenía el control económico y político.